







BABEL Y EL CASTELLANO

OBRAS DE ARTURO CAPDEVILA

POESIA:

- Jardines solos* (2.^a edición).
- Melpómene* (5.^a edición).
- El Poema de Nenúfar* (3.^a edición).
- El Libro de la Noche* (2.^a edición).
- La Fiesta del Mundo* (3.^a edición).
- El Tiempo que se fué* (acaba de aparecer).
- Simbad* (acaba de aparecer).
- El Apocalipsis de San Lenin* (Versículos).

DERECHO:

- Dharma (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma)* (agotada).

EXEGESIS:

- El Cantar de los Cantares* (2.^a edición).

TEATRO:

- La Sulamita* (7.^a edición).
- El Amor de Schahrazada* (3.^a edición).
- La Casa de los Fantasma* (1.^a edición).
- Zincalt* (acaba de aparecer).

ENSAYOS:

- La Dulce Patria* (agotada).
- Córdoba del Recuerdo* (2.^a edición).
- Los Paraísos Prometidos* (1.^a edición).
- América* (tercer millar).
- Babel y el Castellano* (3.^a edición).
- El gitano y su leyenda* (acaba de aparecer).

BREVIARIOS:

- Del Libre Albedrío (Soliloquio del alma en la noche)* (2.^o millar).
- Del Infinito Amor* (1.^a edición).

HISTORIA:

Las Vísperas de Caseros (2.^a edición).

Los Hijos del Sol (2.^a edición).

CUENTOS:

La Ciudad de los Sueños (2.^o millar).

VIAJES:

Tierras Nobles (Viajes por España y Portugal)

(2.^o millar)

Es propiedad del autor.
Reservados los derechos para
todos los países. Copyright by
ARTURO CAPDEVILA

~~Las~~
~~50~~

ARTURO CAPDEVILA

BABEL

Y EL CASTELLANO

282562
—
9. 2. 33



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

Puerta del Sol, 15.—Madrid
Ronda Universidad, 1.—Barcelona
Florida, 251.—Buenos Aires



PC
4073
C28

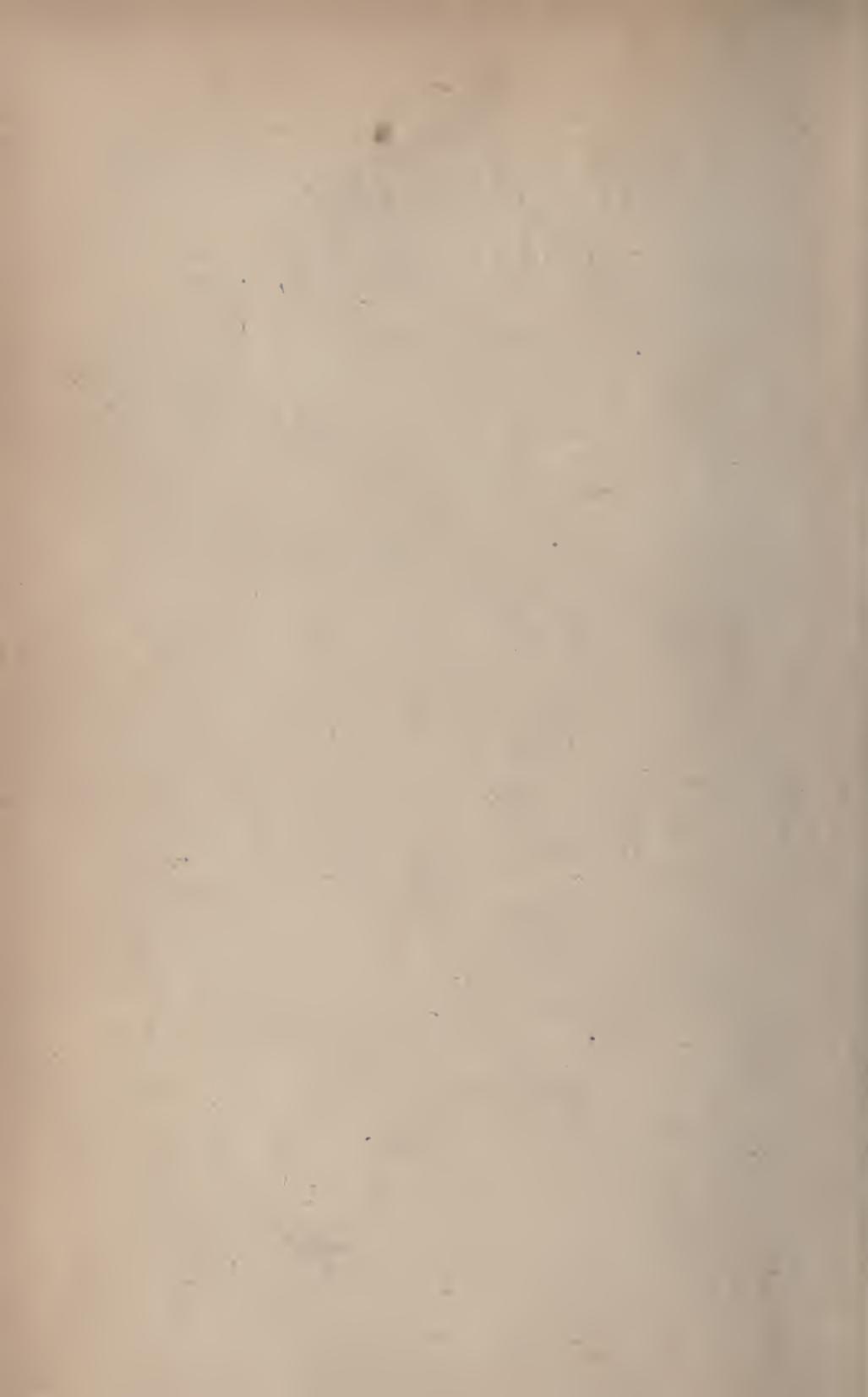
A Enrique Larreta, señor del castellano

*Un orgullo ha dictado este libro
argentino: el de hablar castellano.
Y una cosa querría patrióticamente
el autor: comunicar este orgullo
a toda la gente que lo habla.*

1. UN GRAN IMPERIO ESPIRITUAL

*Tanto más os debriades avergonzar
vosotros, que por vuestra negligencia
hayáis dejado y dejéis perder una len-
gua tan noble, tan entera, tan gentil y
tan abundante.*

*Marcio a Valdés. (DIÁLOGO DE LAS
LENGUAS.)*



I

Nunca pude, en rueda de españoles e hispano-americanos, dejar de sentir una honda emoción de fraternidad. Por la virtud del común idioma, gentes de distantes países, de diversos climas, de apartadísimas regiones; gentes separadas por el océano inmenso, cuando no pertenecientes además a hemisferios opuestos, anulan y borran las diferencias geográficas, concilian y armonizan las distancias y las contrarias latitudes, y aun llegan a parecer no ya individuos de una misma raza, sino ciudadanos de una misma nación, y acaso, mejor, miembros de una soia y única familia.

En el despacho de la Legación de México, siendo ministro de aquel gran país el poeta don Enrique González Martínez, de imborrable recuerdo, fué donde más vivamente sentí la emoción que digo, una tarde, entre la mucha gente de habla castellana que allí había, disfrutando la hospita-

lidad exquisita de tan perfecto señor. Me parecía que el asombro debía estar pintado en los rostros viendo dialogar, por así decirlo, al Este, al Oeste, al Norte y al Sur. Me parecía que tal milagro debía agitarse vívido en los corazones. Mas no porque todos hablaran sin pararse a considerar el prodigio, era menos maravilloso lo que allí ocurría en aquella sala de la Legación de México, en la avenida de Alvear, medio al borde ya de nuestra babélica metrópoli. Para más pura grandeza del hecho, ninguno hablaba el castellano por imposición tiránica u otra humillante necesidad. Todos, en absoluta certeza, lo teníamos por propio, íntimo y muy legítimo bien.

Iguales sentimientos de orgullo y de asombro me acompañaron en mi viaje por España. Veinte días había navegado el vapor; tanto, que pasando del invierno al estío, la luna nos mostraba sus fases cambiadas. Habíamos sido entregados de unas a otras constelaciones, hasta renovar todo el cielo, hasta cambiar, como quien dice, de hados. Era, sin embargo, real y efectivamente, como si no hubiéramos salido de la patria; pues que aún hablábamos y nos hablaban el mismo nativo idioma.

Imposible no sentirse orgulloso ante una tal plenitud humana. Yo siento el orgullo de esta confraternidad sin fronteras y me sobrecoge el entu-

BABEL Y EL CASTELLANO

siasmo ante esa gigantesca extensión de que es capaz el espíritu. Orgullo y asombro siento de verme llamado a participar de una gloria de tanta rareza ; de un acontecimiento que se ha estado esperando durante siglos y siglos, por edades y edades, con la espada en la mano. Pero, ¿quién piensa nunca en esto? Vivimos en el seno del hermoso milagro. Por eso no reconocemos el milagro.

II

Con ser tales hechos tan bellos y transparentes, no siempre ha sido éste que yo enuncio ahora el sentimiento argentino, y dígase también americano. La guerra de la Independencia debió dejar, y dejó, un sedimento de enconos. La literatura crepitó mezclada con la pólvora. Con esta particular circunstancia : que apagada la pólvora, ardía aún la literatura ; cosa que ha de atribuirse, como parece justo, a la mala calidad de la literatura. Por otra parte, al día de la batalla sigue el vivo recuerdo de la batalla. Difícilmente pronuncia el hijo con amor los nombres que su padre pronunciaba rencoroso. Es necesario para el apaciguamiento un ambiente de mucho olvido ; es necesario que ningún soplo importuno desnude a la brasa de su lenta ceniza. Y en América hubo frecuentes ráfagas. Intervenciones poco hábiles de España en el Pacífico y ese inacabable relampagueo hacia el lado de Cuba, renovaban la

atmósfera de la mal pasada tormenta. Niño era yo de nueve años en la Córdoba de 1898, cuando me tocó un día desenvainar mi entonces habitual espada—afortunadamente de lata—y arremeter contra un distinguido caballero español al grito de ¡Cuba libre! A tal punto estaba la cosa en la calle. Hay que decir todo esto para comprender, de una parte, actitudes hirientes como las de Sarmiento, Alberdi o Gutiérrez, y de la otra, la definitiva posición de amistad a España de las generaciones nuevas. 1898 es un límite.

Por lo que se refiere ahora puntualizadamente a Sarmiento y a Alberdi—hombres del día siguiente de la contienda—diremos que señalan con bastante precisión las modalidades más avanzadas de esa crisis del sentimiento argentino. A este respecto, el aplaudido libro de don Arturo Costa Alvarez, *Nuestra lengua*, nos ahorra la tarea nada fácil de buscar por entre la enmarañada selva de las Obras Completas de uno y otro, las opiniones que vertieran no ya sobre, sino contra el idioma de Castilla. Porque ha de saberse que la hispanofobia en ellos—intelectuales urgidos por la necesidad de la acción en medio del desamparo—se resolvió muy luego en un desprecio vengativo por todo lo peninsular, en que no se excluía ni su maravilloso idioma. Representan la hora de la impaciencia: pero sí, a no dudarlo,

llegan hasta la blasfemia, ésta no tiene otro valor en su vida y en sus obras que el de múltiple interjección con que unos a otros se estimulan y reaniman. Puede tratarse hasta de un modo de forcejear con el futuro.

Alberdi proclama: «Es evidente que aún conservamos infinitos restos del régimen colonial..., ya que los españoles nos habían dado el despotismo en sus costumbres oscuras y miserables.» En cuanto al castellano, «es una lengua que nuestra patria no quiere hablar». Todavía más claro: «Hemos tenido el pensamiento feliz de la emancipación de nuestra lengua.» Asimismo Alberdi no quiere, por modo alguno, que habiendo logrado la independencia política, seamos meros colonos de España en literatura. «En las calles de Buenos Aires—dice con calor—circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid.» Este castellano nuevo evoluciona felizmente hacia el francés, que es «una lengua de la mayor perfección filosófica». De este modo, «aproximarnos a esta forma por las imitaciones francesas es acercarse a la perfección de nuestra lengua». Además, «imitar una lengua perfecta es imitar un pensamiento perfecto». ¡Así habla! Pero el señor Costa Alvarez no recuerda que el Alberdi

que se desfoga en tales términos sólo cuenta veintisiete años y escribe al correr de una pluma de gacetillero.

En todo caso, Alberdi representa lo que podríamos llamar la izquierda echeverriana ; porque fué Echeverría quien comenzó a andar en esta materia, por la pendiente abajo, aunque a buen seguro, sin perder su acostumbrado equilibrio. Su posición ante la madre patria, su literatura y su idioma, era ésta : «No nos hallamos dispuestos a imitar imitaciones ni a buscar en España, ni en nada español, el principio engendrador de nuestra literatura que España no tiene ni puede darnos». Posición que acaba de aclararse a la luz de estos otros conceptos : Los americanos aceptan de España, por ser realmente precioso, el legado de su idioma ; mas a condición de mejorarlo, de transformarlo progresivamente, hasta la emancipación... Por una parte, recomienda no adulterar «con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarlo de los atavíos que le son característicos» ; por la otra, como se ha visto, sueña con mejorarlo, transformarlo y liberarlo. Evidente resulta, así, que la doctrina de Alberdi no fué sino la interpretación exaltada de los postulados de su amigo y maestro.

Si hasta aquí llegaba Alberdi, ¿quién duda que Sarmiento llegaría más lejos? Sarmiento es ante

todo un educador que pide textos. Semejante a ese fatídico Facundo de su página más viva, que pedía ¡*Caballos!* ¡*Caballos!*, de posta en posta, con la premura del que juega la vida, él pide ¡*Cartillas!* ¡*Cartillas!* para salvar la civilización en el Plata. Como no las encuentra en su lengua, juzga en el acto que el idioma castellano se ha tornado en instrumento inútil que urge abandonar. España, que anda a vueltas entre revoluciones y motines, no le puede servir: acabemos con España. La da por muerta. Parecele que después de Cervantes ni el ingenio, ni el gusto, ni la novedad hallan lugar en la literatura de la península. No hay nada que esperar de la lengua castellana: «Tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma.» La religión del progreso le cuenta entre sus vehementes neófitos. Desde sus dogmas, el español se ha vuelto «un dialecto inmanejable para la expresión de las ideas». En tal idioma muerto, España sólo nos legó un enorme caudal de ignorancia. Treinta millones de seres humanos del nuevo y del viejo mundo se revuelcan sobre el cieno de esta inferioridad, de esta decadencia... Bien quisiera cambiar por un decreto el idioma de los argentinos. Su pesimismo es total: «Hay lenguas gubernativas... El castellano no es lengua de gobierno.» ¿Para qué sirve el

castellano? Cervantes fué un genio ¡ay! en cuyo honor se momificó una lengua. Versos, declamaciones, palabras huecas: todo eso cabe aún en el castellano; ideas, no. «Agricultura en castellano, geología en castellano, hablar de cercos y de inventos en castellano... ¡un diablo!» Esta lengua es un viejo reloj herrumbroso que marca todavía el siglo XVI. No dejará nunca de marcarlo.

Así habla Sarmiento, sin cesar, desde 1842 hasta 1870.

III

Cosas de la primera mañana... El primer vuelo de la libertad debe alcanzar hasta los límites de la utopía. Está muy en su punto que los fundadores de una patria nueva quieran fundar también una lengua nueva, como fundarían, asimismo, tierra nueva y cielos nuevos. Pero esta exaltación pasa un día, y la aventurera libertad pierde su carácter temerario. Ya no parece tampoco tan desdeñable la realidad inmediata. Así, ni Alberdi ni Sarmiento perseveraron en su aspiración utópica, ni, que yo sepa, dejaron prosélitos. Aun, por ventura, vinieron a comprender que las palabras los traicionaron y que no siempre quisieron decir lo que dijeron.

Sesenta y un años tenía Alberdi cuando reconoció que en España y América «el idioma será el mismo en el fondo». Para en modo alguno arriesgarlo, quiere que España no trabé, como entonces lo hacía, la emigración de su pueblo a tierras de

América. Bien dice sus razones : «La población es el mejor conductor de los idiomas. Así se introdujo el castellano en América y así se mantendrá fiel a su tipo original». Lo cierto es que ha ido a España y que se ha deleitado oyendo hablar español. En Madrid, el habla de los niños y el acento de las damas le suena a música. Y las ideas de la juventud, ¿qué se hicieron? Nos lo dirá como en un suspiro : «Mi preocupación de ese tiempo contra todo lo que era español me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica que me era insoportable por difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de la belleza...» Dice todavía : «Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que, no obstante, escribo.» De este modo el pensador envejecido hace cargos al soñador juvenil.

Más todavía. Mientras Gutiérrez da en la vanidosa arrogancia de rechazar el diploma que la Real Academia Española le confiere, Alberdi se tiene por muy honrado con él, y nada teme de una conquista gramatical de la Península. Antes bien : «¡Ojalá pudiera España conquistarnos has-

BABEL Y EL CASTELLANO

ta hacer un hablista como Cervantes de cada americano del Sur.»

En cuanto a Sarmiento, hallar en español los textos de que desesperaba, y reconciliarse definitivamente con la lengua española, fué todo uno. Lo sabemos de su propia tinta: «El castellano posee hoy lo que no poseía hace diez años»; palabras con que alude a sus tan deseados libros de enseñanza. Hasta llegó quizás a contar el español entre los idiomas de gobierno; bien por el descubrimiento de su capacidad pedagógica, bien por conocer mejor la historia de España; sobre todo la del tiempo de Carlos III, el gran rey, bajo cuyo patrocinio se vieron llegar a América, tantas y tantas comisiones de sabios expedicionarios. Ello es que Sarmiento, amante siempre de la pureza del idioma, como se ve en su propia obra aunque pueda inferirse lo contrario de sus prédicas ocasionales—lo proclama con viveza, mientras comprende como buen estadista que una de las mayores ventajas de que goza la nación argentina es la unidad de lengua. «Uno de los mayores bienes de que goza una nación es la unidad del lenguaje de sus habitantes, y la mayor rémora para su civilización y aun para su paz interior, las diferencias.» ¿Qué más? El castellano «es la clave de la América del Sur... Es la lengua que va a desarrollarse a continuación del in-

glés...» De esta manera, Sarmiento alcanzó la ancianidad, como Alberdi, en la paz de una perfecta ortodoxia. Por lo demás, una cosa es proponer y otra es hacer. No conocemos página alguna suya en que se lea *bibir, adquirir, gerra* o *instrucción...*, como él propusiera. Menos la encontraríamos en su gloriosa vejez de venerable patriarca de la política, de la cultura y de las letras.

De entonces acá, no sé de ningún escritor argentino, ni de escritor alguno de otro país hermano, cuya hispanofobia haya podido conducirle a renegar del idioma. Los escritores hispanóforos, si seriamente los hay, hablan o escriben sus denuestos contra España en el más hermoso castellano; que no es mala manera de amarla. Por mi parte, respondo de mi generación. Allá en mi noble Córdoba amábamos a España, y yo lo dije bien claro en unos de mis primeros endecasílabos :

*El puro amor que por mi patria siento
contigo sola lo comparto, España.*

Era verdad. Entre clásicos y románticos peninsulares abrí los ojos a la literatura y a la capa y espada de las leyendas, de los romances y de los dramas. El resto de mi alucinado tiempo se me iba en el teatro español, que otro no había en

nuestra lengua ; pues Pablo Podestá, círcense aún, estaba lejos todavía de haber resuelto, como tan desenfadadamente lo hiciera, la cuadratura en proscenio del círculo de su pista... De tal modo, en los inconfesables ensayos dramáticos de una ambición precoz, mis argumentos teatrales comenzaban siempre por estas palabras de ritual : *La acción, en Madrid...* Que yo no concebía realmente acción ninguna, decorosa, que no hubiera de pasar, como en su justo medio, en la capital del idioma.

Con haber sido mi casa una casa muy argentina, y muy argentinos mis padres y mucho mis abuelos, respiré siempre en ella como ambiente propio, no poco ambiente hispánico. *La Ilustración Artística* y *Blanco y Negro* (*Caras y Caretas* no era aún nacida al éxito y al renombre mundial) fueron los álbumes de mi infancia. Mis padres no pertenecían ya a las generaciones de la post-guerra y así no anduvieron por la senda de ninguno de sus inevitables extravíos. De mi padre oí, leídos con grave acento, desde los viejos romances (*Non es de sesudos homes...*) hasta los modernos de Zorrilla (*De un alto reloj se cuenta— la voz que dobla a compás...*). Y mi madre, por su parte, como hubiéralo hecho una madre española del tiempo de la francesada, conminaba a la hija que no se dormía :

*Duérmase, mi niña,
duérmase, mi sol;
que viene a comerla
el francés panzón.*

Y esto no era odio a Francia—¡ cómo había de ser!—, sino corriente natural de tradición no interrumpida.

Ni he de olvidar que el *Quijote* fué lectura familiar de mi casa y que en círculo de intimidad lo leímos, de punta a cabo, en un verano campesino, al rumor de un gran nogal que nos prestaba su conveniente sombra. Lecturas que se alternaban con las de buena cepa criolla—tan castellanas en substancia como las otras—desde Hernández a Fray Mocho.

Si añadido que por fiesta escolar de fin de año veía a las niñas de mi vecindad vestidas de madrileñas y a mis condiscípulos con el capuchón de los ratas de *La Gran Vía*, acabaré de mostrar la simpatía hispánica que reinaba en mi ciudad. Véase, pues, cómo, de esto y de aquello—y no de un falso prurito de purismo—puede venirle a un escritor argentino su espontánea aversión a toda especie de guirigay. Es particular fineza el manto de un noble idioma, si con él nos vistieron, desde la cuna, para poder sufrir en ningún tiempo el roce de una jerga.

BABEL Y EL CASTELLANO

Repito que respondo de mi generación. Todos hemos sentido el castellano como cosa nuestra, como sangre del alma. La vocación de escribir se resumía en el anhelo de poseer un buen español. Saber el idioma, fué desde temprano la fórmula : nos la recordaban en la casa y en la calle, en el colegio y en el café. Y nadie lo tenía por anti-patriótico ni había cómo. Mírese de una vez que hablo de Córdoba y que en Córdoba palpita, como hasta la geografía lo quiere, el corazón de la República.

II. LA UTOPIA

Pues los mozos son idos a comer, y nos han dejado solos, antes que venga alguno que nos estorbe, tornemos a hablar en lo que comencé a deciros esta mañana.

(DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.)

I

Siempre se dirá con exactitud que en no pocas ocasiones, tanto Echeverría como Gutiérrez, y así Alberdi como Sarmiento, llegaron a hablar de una lengua privativa de los argentinos queriendo referirse tan sólo a un estilo peculiar de nuestra literatura. Pero pongamos que alguna vez aspiraron, siquiera en principio, a una privativa lengua. No faltó, fuera de esto, durante larga época, la vaga creencia en un idioma nacional, ya porque se le supusiera en formación, ya porque el patriotismo condujese a desearlo. Y no me quemo las manos, si todavía no hay quien, acá o allá, lo da por hacedero.

Como se quiera. Lo que deseamos justamente es plantear la cuestión desde el punto de vista de los ideales patrióticos, preguntándonos si habría en verdad razones de buen nacionalismo argentino en aspirar para nosotros a tal idioma propio. En otros términos, si «una nación que carece de

idioma propio es una nación incompleta», o si «de es tan necesario tener una lengua que se diferencie de las demás, como le es indispensable poseer una bandera particular». No se lo demandaba sino que asertivamente lo escribía M. Abeille en su libro *Idioma nacional de los argentinos*. (Y nadie sabrá jamás si por justificar no sé qué desviaciones fonéticas, en que él veía ya una lengua nueva, o si anhelando el día de su total existencia.)

Pero nosotros nos proponemos averiguarlo. ¿Hay razón de patriotismo que pueda aconsejar la formación de una lengua argentina? ¿Qué ventaja se nos seguiría? Y, en todo caso, ¿qué sería menester para alcanzarla?

Al pronto, la idea de una patria completa nos mueve a desearla, por soberana, dueña de cuantos bienes alumbraba el sol, y fuente misma de todos ellos, sin que uno falte. De aquí proviene la ilusión de ambicionar también una privativa lengua para la patria. Sin duda, al día siguiente de la revolución se debió estimar que con el último virrey quedaba derrocado en absoluto el poderío de la metrópoli y rotos para siempre hasta los vínculos puramente espirituales. Aún debió asombrar pensar y decir estas cosas en español. Hubiérase tenido por casi biológica necesidad que la primera consecuencia del grito de Mayo fuese la

BABEL Y EL CASTELLANO

creación de un verbo nuevo... No pasó de ese modo, mas no dejó de preferirse que hubiera pasado. Hay un momento en que la conciencia popular exige el hecho. Y comoquiera que el español de Buenos Aires no es sílaba por sílaba el mismo de Madrid, se da en la flor de creer muy razonada, ya que no muy razonablemente, que en la Argentina se habla o se está por hablar otra lengua.

Pues si de pronto unos poderosos genios hubiesen obedecido, obsecuentes e irónicos, al impaciente Sarmiento otorgándole para los pueblos del Plata el don de una nueva lengua tan *gubernativa* como pudiera forjarla, no habría tardado mucho en maldecir esta enemiga suerte; porque, a fe mía, que una lengua nueva en esta parte del mundo y a esta altura de la civilización de los pueblos, no hubiera comportado sino el más absurdo, el más peligroso y el más cruel de los aislamientos. Hubiera sido nacer extraeuropeos en un instante en que todo lo es Europa. Hubiera sido la juventud en la parálisis: una libertad tullida. Mejor, mucho mejor, la isla de Robinsón Crusoe. Pueblos crecidos en el diálogo y en la confraternidad, desde el primer instante de la vida colonial, hubiéramos necesariamente caído en el ensimismamiento.

Por otra parte, si resultaba legítima en la Ar-

ARTURO CAPDEVILA

gentina la creación de una lengua, cerca de veinte lenguas debían formarse en la América española por análogo motivo y con igual derecho. Con lo que la revolución americana vendría a resultar con el tiempo lo menos favorable a América que fuera posible conseguir ; ya que de una América, mal que mal solidaria, habríase hecho un conglomerado de naciones irreparablemente extrañas. Casi como cambiar un sistema planetario por un momentáneo turbión de cometas errantes...

II

Entretanto, son muy capaces de mentir las leyes de la evolución lingüística, sobre todo a un espíritu con exceso entusiasta. Verdad es que se ha dicho que el hombre, la historia y la naturaleza cooperan a la transformación y desenvolvimiento de los idiomas ; promesa en que se coloreaban los deseos del tiempo a que nos referimos. Sin embargo, muy cierto era ya entonces que los idiomas se han emancipado de la geografía y del medio físico. El hombre, que oye cada vez menos a la naturaleza, se oye cada vez más a sí propio. De prevalecer, como en la barbarie, el influjo del medio físico, el castellano debería tender a resolverse en tantas lenguas como fueron las aborígenes y recaer acaso en las mismas. Solamente que sucede lo contrario : el castellano impera solo. Por donde se comprende que la lengua no es hoy un eco de la tierra. Aunque lo fué, la lengua es, cada día más, un eco del hom-

bre. Los tiempos han cambiado mucho. La antigüedad ha visto a una sola raza hablar diversas lenguas. La edad moderna puede ver una sola lengua hablada por muchas razas. La etnología va por su lado ; la filología por el suyo. En cuanto a la historia, no es posible que vuelva a ofrecer el fenómeno de aquellos formidables aluviones de pueblos que, unos encima de los otros, se echaban sobre una indecisa nacionalidad hasta cubrirla totalmente. La guerra o la conquista no podrían asumir por ahora tales formas de aplastamiento. Hoy por hoy, todo puede ser sojuzgado en un pueblo, menos su idioma.

Pero, ¿quién habla de conquista en América? Nosotros, como los Estados Unidos, conocemos bien la afluencia de una caudalosa inmigración. Esto no obsta para que en los Estados Unidos quede incólume el inglés ni será parte a menoscabar entre nosotros el castellano. Por enormes que sean las corrientes de la inmigración, siendo a la fuerza varias y debiendo buscar por esto mismo su mutua compenetración en la unidad preexistente, dejan intacta la lengua del país, si no se cuenta este o aquel italianismo que la escuela se encargará de extirpar.

Vemos así en los tiempos presentes que los actuales grandes idiomas, con ser estupendos organismos, y quizás por esto en particular, se res-

BABEL Y EL CASTELLANO

petan los unos a los otros. Se ha logrado el equilibrio de las lenguas. Más. Estos organismos vivientes han encontrado en la edad contemporánea condiciones biológicas excepcionales. Ahora sí que se les tomaría por entidades divinas. Ahora sí que son divinamente longevos. La historia se ha vuelto un medio muy adecuado para que un idioma se desarrolle ampliamente en el tiempo, si habíase ya desarrollado en el espacio. ¿A dónde se confina, en tal ambiente histórico, aquel superficial postulado de que distintas naciones deben hablar distintos idiomas, en cuyo caso, como le sentaba Abeille, la Argentina, por haberse alejado política y étnicamente de España, ha de formar, necesariamente, su propio idioma?

Poco a poco... El idioma es un fenómeno espiritual lleno de sorpresas. Como todo fenómeno espiritual, se cumple la mayor libertad. Lo que suele cambiar con el tiempo no es la lengua, sino el lenguaje; no es el idioma, sino su timbre, si podemos hablar así. Cervantes, despertando de pronto, nos entendería muy bien, salvo en una docena de neologismo, y no poco se asombraría de la casi identidad del castellano, del Siglo de Oro acá. Sobre todo, de cierto castellano. Jamás leeremos *La Celestina* sin maravillarnos de lo muy cerca que nos queda en lo verbal, bien que nos quede tan lejos en el tiempo. Verifiquemos

un hecho. Cambia en el río del idioma el color o la temperatura de las aguas ; el agua misma, no.

De este modo, ha variado entre nosotros el valor fonético de un par de letras : la zeta y la elle ; ¿y qué importa, si ya había sucedido en buena parte de España? Se ha modificado la significación de algunas palabras : ¿y qué valor tiene? Hemos preferido unas palabras a otras por un íntimo proceso de selección : ¿y qué pone ni quita en lo sustancial, siendo todas castellanas? Hemos incorporado algunos vocablos nuevos : ¿y quién empobrece ni gasta una lengua, enriqueciéndola? Metáforas, sinécdoques o metonimias nos han creado algunas nuevas acepciones de sentido traslúcido : ¿y desde cuándo se comportaron de otro modo ni sirvieron para otra cosa las metáforas, las sinécdoques y las metonimias? Pues con esto y con mucho más, estamos siempre en el ámbito del castellano.

Sí. Ya sé que Cuervo llegó a imaginar que el destino inevitable del castellano en América sería transformarse y desaparecer, a no muy largo plazo. Hoy se ve clarísimo que no. El castellano se transformará o desaparecerá en América cuando se transforme o desaparezca en España. Si un cataclismo destruiría esta cohesión. Con el telégrafo, con el periodismo, con la radiotelefonía, con la aviación, con los rápidos vapores, el ac-

BABEL Y EL CASTELLANO

tual imperio hispánico, nuestro actual inmenso imperio espiritual, es, de hecho, más pequeño que nunca lo fué Castilla sola. La tierra se ha apretado mucho, mucho, con los inventos de la mecánica y de la electricidad. Si la inmensidad de América llegó a turbar a Cuervo, hoy se alegran sus manes. El mundo hispánico es ya todo entero una ubicua vecindad.

III

Para ver cumplida alguna vez la utopía de la lengua nueva en el Plata, menester hubiera sido el previo cumplimiento de circunstancias de todo punto indispensables. Desde luego, que sobreviniese el aislamiento, y que, tal como le aconteciera al latín, se viera anegado el castellano por impetuosas avenidas de analfabetismo. También se hubiera necesitado abolir toda especie de literatura ; porque ésta es, de por sí, conservadora : *limpia y fija*, hasta cuando no da esplendor. Hacerse literaria una lengua tiene suma importancia para su duración y fijeza.

Mas no digo solamente que hubiera sido necesario abolir toda especie de literatura ; asimismo se habría llegado a necesitar la abolición de cualquier linaje de escritura porque el idioma se reviste con la escritura como de una coraza. Algo más se hubiera necesitado. Hubiérase necesitado que el castellano, sin letras, cayera en el caos

político y social por efecto de grandes invasiones de sucesivas razas distintas e irreconciliables, que fueran creando un fondo dialectal, movedizo y blando, propicio para toda suerte de metamorfosis: una *materia soñadora*, si pasa el término. Fuera preciso también que estas razas invasoras trajeran, por todo haber espiritual, idiomas en puro estado oral, o sea lo que hemos de llamar, *palabras sin conciencia de sí*. Después hubiera sido necesario un lento proceso de transformaciones, tanto morfológicas como semánticas, en el fondo de una especie de semihistoria. Esto, durante unos largos tiempos en que sólo se hablase una jerga a medias inteligible. Por último, el espíritu hubiera debido rodearse de una como niebla intelectual de aspectos engañosos y fugaces; pues no de otra manera se manifiesta una lengua en estado prenatal. ¡Todo esto! Y al ferrocarril, a la radiotelefonía, a la imprenta, a la escuela, al verso, y al aeroplano como al cinematógrafo; a todo lo que de algún modo comunica y vincula, hubiérase debido renunciar, diciendo patrióticamente: ¡Abajo España! Por no hablar su idioma, acabamos de sufragar por la barbarie, a la espera de originar el nuestro. Nos satisfaremos aunque sea con una jerigonza, siendo propia. O como decía el que sabemos: «El castellano es una lengua que nuestra patria no quiere hablar.» Y

todavía : «Hemos tenido el pensamiento feliz de la emancipación de nuestra lengua.» Por consiguiente, mientrastanto, nos sumergimos en el caos. No sufriremos ni un día más la afrenta del idioma prestado.

Por dicha, no sucedió nada parecido. Antes bien, surgió la patria nueva del seno mismo de España, tal como nace un hijo. ¿Que no? Lleguemos al alma de las cosas. En 1813 nuestra canción nacional celebraba el advenimiento de la patria libre. Pertenece la música al maestro y organista de coro don Blas Parera, catalán ; y en cuanto a la letra, don Vicente López, como lo hace notar con justicia Menéndez y Pelayo, se inspiraba para su himno en el canto de guerra a los astures, de Jovellanos. El léxico es el mismo en el himno y en el canto : acá y allá, tronos, esplendor, cervices, tiranos, fama, yugo, incendio, muerte, saña ; acá y allá, los mismos heroicos imperativos ; acá y allá, unas mismas vehementes interrogaciones.

En el canto español :

*Ved que ciegos sus viles esclavos
se adelantan del Sella al Nalón
y otra vez sus pendones tremolan
sobre Torres, Naranco y Gozón.*

En el himno argentino :

*¿No los veis sobre México y Quito
ensañarse con furia tenaz,
y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?*

El ambiente es el mismo. La nomenclatura histórica se mezcla a la geográfica, evocando hechos y lugares épicos. Confronte cada argentino con sus recuerdos del himno las estrofas siguientes del canto de guerra :

*Cuando suevos, alanos y godos
inundaban el suelo español ;
cuando atónita España rendía
la cerviz a su yugo feroz.*

.....

*Desde el Lele hasta el Piles Tarique
con sus lunas triunfando llegó,
y con robos, incendios y muertes
las Españas llenó de terror.*

.....

*En Asturias Pelayo alzó el trono
que Ildefonso afirmó vencedor.
La victoria ensanchó sus confines ;
la victoria su fama extendió.*

.....

BABEL Y EL CASTELLANO

*Si en Bailén de sus águilas vieron
humillado el mentido esplendor,
de Palencia escaparon medrosos;
Zaragoza su fama infamó.*

.....

*Y vosotros, de Lena y Miranda
¿no los visteis huir con terror?
¿Y no visteis que en Grado y Doriga
su vil sangre los campos regó?*

Transcribimos todo el canto y no haríamos sino verificar, verso por verso, la identidad de inspiración de ambas poesías. No hay, sin embargo, imitación directa en ningún pasaje, sino que en una y otra composición corre el mismo soplo lírico, ya que el *himno* tuvo por modelo al *canto*. En conclusión: si por Parera cruza en el himno ráfaga de Cataluña, puede ser que por Jovellanos vibre el resucitado aliento de los astures de don Pelayo.

Y dígase después que no nació la patria nueva del seno mismo de España, como nace un hijo.

III. ESPAÑA Y AMERICA

*Diréos, no lo que sé de cierta ciencia,
porque no sé nada desta manera, sino
lo que por conjetura alcanzo y saco por
discreción.*

(DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.)

I

Ningún hijo nace para la exacta reproducción de alguno de sus padres ni para ser tampoco la semisuma de los dos. El concepto de reproducción es bastante falso, a tomarlo por expresión del fiel trasunto de un determinado modelo. Cosa semejante no se ve en el mundo de las formas animadas. Porque son animadas las formas de que se trata, no se verá jamás un caso de perfecta reproducción. Bien al contrario, en toda procreación hay un ensayo de posibilidades nuevas. Pronto, entre padre e hijo son más las diferencias que las similitudes. Debemos celebrarlo, sin duda. Lo interesante es que Pizarro sea hijo de unas pobres gentes. Lo venturoso es que Henry George no necesite ser hijo de Adam Smith. La grandeza del destino está en que los sabios no tengan por qué ser hijos de sabios, ni hijos de héroes, los héroes. Es como van medrando las generaciones. Lo patético y más grandioso de la vida está

en que nunca se sabe lo que puede suceder. ¿Conocemos perfectamente bien a los padres? Pues no conocemos ni un cabello de lo que serán los hijos. Y si esto es mucha verdad para casos individuales, ¿cuánto mayor no será en lo tocante a pueblos proyectados a dilatadas extensiones y a través de inmensas distancias? Seguro es, por la fuerza de las cosas, que muy luego se debieron marcar diferencias esenciales entre España y América que finalmente harían imposible la unidad política. Bien decía Heredia :

*Que no en vano entre Cuba y España
tiende inmensas sus olas el mar.*

Pero fracasado el imperio material, ¿debe darse por irrealizable el imperio espiritual en un libre consorcio de naciones libres? Los hombres del mundo hispánico, podemos reemplazar por hechos las meras palabras con que alguna vez quería definir un estadista inglés al imperio británico como una sociedad de libres naciones. Hay un hecho extraordinario y totalmente nuevo en la historia : el de estos numerosos pueblos hispánicos que añaden al vínculo cercano del común origen el de la identidad de lengua. Tampoco se vió nunca una tal continuidad geográfica como

al servicio de esta continuidad moral. Son hechos nuevos.

Son hechos nuevos ; pero se les quiere aplicar interpretaciones viejas. Son hechos nuevos, pero no se quiere reconocer que lo son ; pues se les mira con el escepticismo y entre los recelos propios de otros ambientes. Son hechos nuevos, pero faltan las interpretaciones nuevas. Cabe esperar, de todas maneras, que tales hechos se impondrán por su sola virtud.

Y, por de contado, ya hay una atmósfera especial de simpatía entre estas diversas patrias, cualesquiera que sean las momentáneas apariencias. El ciudadano de cualquier patria de América se sentirá siempre muy poco extranjero en España o en otra nación de América. Fué extranjero, lo es y lo será siempre el que no nos entiende ; el que tiene que estudiar para entendernos ; el que si no estudia no nos podrá nunca entender. Unen o separan las palabras, según sean unas mismas o diversas. (Y hacemos bien de tomar las cosas de este modo, porque queremos llegar al fondo de la cuestión.)

Así, aunque podamos devenir, con respecto de España y del resto de América, tan distintos como nos haga la historia, si conservamos en común el lenguaje, no perderemos, unos y otros, el carácter de hermanos.

II

Ya es tiempo de que lo cuente. Viajando por la península, de Madrid al Escorial, como apenas había cosa en el trayecto que no me interesara, hube de dirigir no pocas preguntas a mi vecino más próximo, un señor de noble presencia, acaso un castellano viejo, que respondía a todo con la mayor cortesía; y tanto, que luego tornaba yo a mis preguntas y él a satisfacer con la misma deferencia mi renovada curiosidad.

Por fin me interrogó, imaginándome ya de estas partes de América.

—¿El señor es tal vez extranjero?

No supe contestarle que sí. Comprendí que respondiéndole afirmativamente incurriría en una completa falsedad del espíritu. Tan cierto es que en España me sentía como en mi propia casa. Le repuse, pues:

—Extranjero... no. Más bien, forastero. Soy argentino.

Entonces por aquel abierto semblante pasó algo que lo iluminó. Una emoción sincera y plena se subió a aquellos ojos, se dilató por esa frente, se asomó a aquellos labios entre unos bigotes entrecanos.

—Habla usted—me dijo—con un coronel de España que le da las gracias de todo corazón. Venga esa mano. Yo tampoco me sentiría extranjero en su patria. No podría ser. Bien hace usted de no sentirse un extraño en la mía.

Pero olvidemos esta anécdota y que por ella se me perdone. Tiene en contra que parece ideada para una vana celebración del 12 de octubre. Es tiempo, si queremos ser y parecer serios, de alejarnos de esas triviales actitudes de los días de la raza, a menos que sepamos entender de una vez y para siempre qué cosa inmensa quiere decir *el día de la raza*. Entretanto, el día de la raza con todos sus abalorios vale bien poco. Debemos acabar con ese quiosco de baratijas y con todas las ferias del sentimentalismo baladí. Hemos hablado mucho. No hemos hecho nada. Entre españoles e hispanoamericanos se han cambiado innumerables discursos, como si adrede se hubiera querido siempre rehuir el instante de la obra. Los cables interoceánicos se doblan al peso de tanto adjetivo ditirámico que a España va, que de España viene. Entretanto, la Argentina quie-

BABEL Y EL CASTELLANO

re colocar sus carnes en los mercados españoles, que harto lo necesitan, y no se consigue. A tal punto se ha llegado en materia de relaciones hispanoamericanas y tanto reposa todo en fofas palabras y tan poco en hechos serios, que ya no se puede relatar, con asomos siquiera de discreción, una anécdota vivida, sincera y profundamente veraz. Y tanto negocio urgente anda todavía en manos de una generación tan apta para pronunciar bellos discursos cuanto inepta para realizar cualquier obra concreta, que de veras no me aventuro a que se me confunda ni por un solo momento. Ha llegado ya, para decoro de la recta amistad, la hora del silencio, a menos que maduren, por fin, los tiempos de la provechosa acción.

III

¿Los tiempos de cuál acción? Voy a decirlo. América, nuestra América, es una gran soledad. Aunque ya cuenta con crecidas poblaciones, como éstas se desarrollan en recíproco aislamiento. América es en el mejor de los casos una unidad deshecha. De haberse cumplido las generosas utopías de la primera época, América sería hoy, cuando mucho, una confederación de soledades. América se ignora a sí misma. América no tiene conciencia sino muy vaga de sí. *La guerra de la Independencia dió la impresión de una unidad que no existía.* La historia de esa guerra la sigue dando, ahora que existe menos. Debemos precaver-nos de la ilusión. *No era América la unida, sino España.* Contra la unidad española, nosotros, que atacábamos su régimen, llegamos a parecer unidos, solidarios, confederados. Los prohombres de cada patria hubieron de asumir proporciones continentales. San Martín y Bolívar parecían pelear

por encargo común de América. Los propios políticos, cuando proclamaban altos ideales, parecían voceros de la América toda. Cuando se hablaba de una forma de Gobierno democrática, creíase oír una concertada voz de toda América: de una América unida, solidaria, confederada. Y no era así. Aunque veamos una América democrática al Norte, al centro y al Sur, no fué la democracia el resultado de un plan, de una deliberación, de un acuerdo. *También a este respecto fué una mera ilusión la solidaridad de América. La democracia de nuestra América española surgió, sobre todo, de la forzosamente idéntica reacción ante un régimen uniforme.* Tomemos uno de sus aspectos: excluidos los virreyes, en virtud del conocido silogismo político de nuestra revolución, quedaban los cabildos abiertos, o sea la democracia. España misma nos lo tenía aparejado. Por donde se ve que también a este propósito padecemos la ilusión de creernos unidos y solidarios por nosotros mismos, cuando la unión era sólo el resultado de la común ordenación colonial.

Desnuda verdad fechada en 1928: no cuenta la América española con otra unidad que la del común idioma. La unidad religiosa no tienen ninguna eficacia actual (ni existe), y en cuanto a la unidad del régimen político, muchos de sus pueblos han renegado del inmenso bien de la de-

BABEL Y EL CASTELLANO

mocracia, ya que la dejaron ofendar y profanar por menguados tiranuelos. No queda más que el idioma.

Pero ya hemos visto que ello es mucho. Por el idioma común puede volverse hermosamente solidario el destino de América. Sólo que lo primero es conocerse. Y a la verdad: de cada hora de la historia nos viene el mandato de conocernos. Habrá como una apostasía en renunciar a esta comunidad. Seremos desleales con nosotros mismos, renunciando. Yo mismo ahora, al escribir esto que escribo, obedezco a un mandato de cuatro siglos. América obedece a un mandato de cuatro siglos al querer conocerse. México quiere dialogar con la Argentina; Venezuela quiere dialogar con Chile; Cuba mira hacia el Uruguay; Centro América quiere que escuchemos su voz. ¿Para qué? ¿Por qué? En algún siglo venidero estará la respuesta. Demasiado nos hemos enamorado de la palabra confraternidad para no desear realizarla. Tendríamos todos por incompleto un destino en que ello no se cumpliese. ¡Ay!, no quisiéramos tampoco que Helena nos fuera raptada y quedarnos con la afrenta. En todo caso, sin el menor deseo de epopeya, lo que quisiéramos es evitar el rapto de Helena por el respeto que consigamos inspirar.

Mas no caigamos de nuevo en la ilusión. En

las palabras suele haber espejismos de hechos in-existentes. Los discursos no sirven para nada. Un congreso de intelectuales hispanoamericanos, tampoco serviría de nada. Más bien perjudicaría. Perderíamos, quizá, el vino por el aguachirle. Comunicaciones reales, no ficticias, son las que necesitamos. Lo urgente es que sea tejida por toda América una estrecha red de comunicaciones permanentes, sector por sector. Urge, por ejemplo, echar abajo las respectivas aduanas. Pero el trabajo grande, el que vale la pena, aquel por el cual vamos a decidir la efectiva solidaridad de América para mayores cosas, no se realizará por el sólo cambio de mercaderías; se realizará por el mutuo conocimiento del espíritu de cada nacionalidad. Para lo primero, para cambiar y traficar, nos iremos bastando, según vayamos teniendo flotas y rieles. Para lo segundo, para el conocimiento mutuo, necesitamos de España.

Agente de compenetración no hay otro que el libro. Ahora bien; ignoramos recíprocamente nuestra literatura los hispanoamericanos; ignoramos nuestro pensamiento, nuestros deseos, lo que somos, lo que aspiramos a ser.

El librero de la calle Florida pone a mi disposición libros de Holanda y de Rusia, si los pido. Pero no halla manera de conseguir el libro de Colombia o de Nicaragua que me interesa. Tam-

BABEL Y EL CASTELLANO

poco se da en Nicaragua o en Colombia con un libro argentino, como no sea por singular rareza. ¿Qué falta? Falta la empresa editorial que lo realice con tesón, sin inconstancia. Pero esta empresa no se ha de situar útilmente en mejor sitio que España. Esta, por haber sido la metrópoli de América, tiene las rutas hechas, aparte de que cuenta para facilitar los cambios con una moneda liviana favorecida aún por la mano de obra barata. Buenos Aires no sirve para ensayar siquiera nada de esto. Carecemos de rutas prontas y cómodas; tarda más de un mes una carta de Guatemala. El obrero es caro; la moneda, pesada; Nuestro peso no puede cruzar la cordillera, sin llegar recargadísimo: un libro argentino sale demasiado costoso en Chile. Santiago queda más cerca de Madrid que de Buenos Aires, aunque muestra el mapa lo contrario. Las distancias en el comercio se miden por el valor de los giros.

Entretanto, Madrid puede ser comparado con una estación general de teléfonos, por cuya mediación las naciones de habla española llegarían a comunicarse entre sí. Todos los diálogos serían entonces posibles. Todas las distancias quedarían entonces nuladas. Lástima que los dueños de esta oficina no la quieran hacer funcionar...

Pero cierto. La solidaridad iría surgiendo poco

a poco de los hechos. Cada nación se miraría en las otras, siendo de añadir que una tal afinidad comportaría, de su propia virtud, una manera de solidaridad con España. Madrid sería de nuevo para muchas cosas superiores la ciudad central (1).

Una vasta empresa editorial de obras de habla española, radicada en Madrid o en Barcelona, es cosa de suma urgencia. Agrego que tiene que ser un buen negocio. En cien años de literatura continental hay cien o más autores dignos de difusión por el continente y la península. Es un absurdo el acantonamiento en que vivimos. No debe ser tolerado por más tiempo que un buen escritor del Perú o de la Argentina se reduzca a ser leído por sus compatriotas. No conozco un feudalismo más necio. Resultado: cifras humillantes e irrisorias. Mil, acaso dos mil ejemplares por todo tirar... Irisorio y humillante. ¡Hay que haber nacido con misión de escribir para seguir escribiendo!

Se siente la urgencia de que tales condiciones varíen. Ya parece justo que todo buen escritor

(1) *Un ilustre argentino, que no hay objeto de nombrar, trató de comunicarme en esto su inmensa fe en Buenos Aires. He oído, he pensado, he meditado sus palabras, que eran las de un gran patriota. No me he podido rectificar.*

BABEL Y EL CASTELLANO

de habla española pertenezca a todo el público del habla española. Es absurdo que prolonguemos este aislamiento feudal. Es absurdo, y por añadidura hiriente, que España ignore en absoluto la literatura americana; quiero decir el pensamiento y el sentimiento de América.

Ved lo que pasa al escritor argentino en su propia patria. Su libro no puede competir con el libro extranjero. El libro argentino es caro; el libro extranjero es barato. El libro argentino deja una escasa ganancia al librero. El libro importado le deja una gran ganancia. Y los negocios son los negocios. Todo discurso está de más. Por dos caminos se abaratará el libro argentino: hecho en el extranjero, y cotizado en plaza a pesetas o a francos; o bien, editado en plaza, pero en tales tiradas, que pueda venderse al precio del libro extranjero. No sé cómo... No sé cuándo...

Concluimos. Madrid es como una oficina central de teléfonos que no se dispone a funcionar. La peseta es una moneda en exceso precavida y timorata. Ahora bien: como esto es cosa que urge y está ya en el ambiente de la Necesidad, si la peseta no lo hace, lo hará el peso. Si el peso lo dilata, lo hará el dólar. Madrid será utilizado por la moneda que se enamore de esta empresa; a menos que, por incapacidad de los unos e incredulidad de los otros, se anticipe el franco, y

el centro de gravedad, para las cosas latinas, se afiance definitivamente en París.

Pero Madrid es algo más que una oficina central de teléfonos. Es también como una altura estratégica sobre la cual debe ser colocado el cañón que ha de hacer blanco en América. Esta batalla de América se tiene que dar, y será de consecuencias incalculables. Para darla, ese cañón será colocado en la justa altura estratégica por unas o por otras manos. Nadie se queje si mañana los yanquis se apoderan de esa formidable llave de las rutas del pensamiento hispanoamericano. Nadie se queje si mañana España pierde otro inexpugnable Gibraltar, desde el cual gobierne un extranjero invasor todas las corrientes editoriales del mundo hispánico; quiero decir nuestros sentimientos, nuestras ideas, nuestros anhelos, nuestra acción, dueños y señores de todo libro y árbitros de la real eficiencia de todo autor.

Mientras tanto, españoles e hispanoamericanos pronunciaremos hermosos discursos en ocasión del día de la raza, tremolarán las banderas y seremos siempre los elocuentes habitantes de una confederación de soledades.

IV. EN CASTILLA

*Seréis liberal principalmente en esta
mercancía en que con la liberalidad no
se desmengua el caudal.*

(DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.)

I

Sin duda : Alá está en todas partes, pero hay que ir a la Meca ; Jesús por doquier es adorado, pero hay que ir a Belén ; nuestro idioma está vivo y ágil, acá y allá, en un continente entero y en los puertos del Oriente próximo, y en las islas del remoto Oriente ; pero conviene ir a Castilla.

Conviene ir a Castilla, siquiera sea para preguntarse, contemplando sus dilatados ocre y su amarillez infinita, si tales tierras no serán como son por la particular botánica que el destino les tenía señalada ; que en ellas, tan secas y de apariencia tan torva, se levantase y creciese gigantesco el árbol—mejor diríamos, el bosque—de un gran idioma ; tan grande, que a su sombra vivirían numerosos pueblos. ¡ Y tantos ! No ha mucho, se calculaba en ochenta y cinco millones la cifra de los que hablamos castellano por haberlo recibido en la materna leche. Ahora, la cifra debe rectificarse y ser elevada a más de los noventa

millones. El castellano está triunfante en el mundo, y es una de las mayores fuerzas del espíritu sobre la tierra.

Castilla es la tierra santa de este portentoso. Por esto, al menos, es muy buena cosa que todos vayamos alguna vez a Castilla, y aún que recorramos toda España, pasando de una a otra zona semántica, distinguiendo y apreciando éste y este otro matiz. Es de por sí una fiesta espiritual. Por mi parte, en nada miento si digo que lo más placentero de todo mi viaje por España fué sentirme sumergido en esa atmósfera plena del idioma. Yendo a Castilla, tuve de seguro mi Meca y mi Belén.

Pueblos sobre pueblos se agolparon en España, pensaba: fenicios, celtas, iberos; turdetanos y cántabros; griegos, cartagineses y romanos; godos y árabes, para que se formase esta lengua de Castilla. Armas y carros de todos los grandes pueblos de la antigüedad araron, por así decirlo, las comarcas españolas, y sangre, sudor y lágrimas de todos ellos las regaron. En el siglo VIII todavía se hablaba en la Península griego, caldeo, hebreo, cántabro, celtíbero, latín, árabe, y la naciente lengua provenzal. Castilla, entretanto, recogía en su atmósfera el verbo y el eco de tantas y a veces tan enemigas gentes, y por sobre los azares y las mudanzas de la fuerza iba apa-

rejando una armonía nueva y una honda y pacífica razón de solidaridad.

Ni tuvo ni tiene ahora mismo Castilla otro designio que el dicho : aparejar una armonía nueva y una honda y pacífica razón de solidaridad. Ahora mismo nos da, por obra de la identidad de lengua, la más perfecta razón y el más viviente motivo para una solidaridad hispanoamericana.

No veo manera de negarlo, ni hallo para qué se haría : españoles e hispanoamericanos formamos una sola familia. Nada más pedantescamente vano que alzarse contra los hechos de la naturaleza ; alzamiento que, por esta vez, se dirigía contra un hecho magnífico. La familia hispanoamericana existe. Que esté desorganizada, nada arguye. El tiempo se encargará de su organización, aunque nadie sepa cómo.

Y ahora recuerdo lo que en 1924 me aconteciera en París, por la época precisamente en que más se embraveció la guerra hispanomarroquí. Ibamos mi mujer y yo, hablando, naturalmente, en castellano, cuando por la misma calle, y en la misma acera, nos dimos de manos a boca con un moro de los que a la sazón estaban en paz con Francia. ¡ *Mira el moro!* Y lo miramos con entusiasta interés. Vestía sus blancas vestiduras nacionales. Su rostro era de un óvalo bellissimo. Tan garrida como militar, su apostura. Renegrida

la barba; feroces los ojos. ¡De confundirlo, con el propio rey Schahriar, de *Las mil y una noches!* Era, con toda seguridad, un valiente, y merecía, sin ninguna duda, toda la admiración de las personas justicieras.

¡Ah! ¿Sí? Pero no es fácil olvidar el brusco movimiento de aquel hombre al oírnos hablar castellano. No es fácil tampoco olvidar la mirada de odio que nos dirigió. Nuestro entusiasta interés hacia él hubo de parecerle hostilidad y provocación. Por un momento, se hubiera dicho que ya se volvía a colmarnos de injurias. Lo cierto es que se paró, y que su mirada nos hundió en el desprecio. Éramos sus naturales enemigos, y no lo quiso disimular. Por lo demás, ¿no entraba la noche, tan propicia para los rencores de un moro?

Seguramente, de oír nuestras explicaciones, el moro hubiera depuesto su furia; pero bien se echa de ver que fué una suerte que esto pasase como pasó, en pleno centro parisiense, junto a la plaza de la Concordia. Nos habríamos entendido finalmente con el musulmán. Pero esto hubiera sido lo largo. Lo corto, de no haber vigilancia, hubiera sido el incidente inevitable.

Con todo, y tope donde tope, no faltará quién siga llevándose por delante la verdad natural de las cosas.

II

De otro lado, una vez más se podrá repetir con provecho, que atender al idioma es atenderse uno mismo ; y conservarlo puro, cuidar de la propia identidad psicológica ; sin contar aún con que el amor al idioma es una forma—la más bella, porque da frutos de arte—de la fidelidad con la patria. ¡O todavía habrá quién crea que nada nos va en cuidar la salud y la vida de la palabra, y nada en velar por el destino ulterior de una lengua? También para entender cumplidamente estas cosas es bueno llegarse a Castilla.

El mismo Sarmiento, que en 1846, esto es, a los treinta y cinco años de su edad, visitara a España con el terrible designio de «andarle con los dedos sobre las llagas», o sea «con el santo propósito de levantarle proceso verbal para fundar una acusación» que, como fiscal reconocido, «tenía de hacerle ante el Tribunal de América» ; el propio Sarmiento, que así decía aprestarse solamente a

tan áspera clínica y a tan agrio alegato, también declara que se propone estudiar en el reino los métodos de lectura y ortografía «y cuanto a la lengua dice relación».

No puede menos de interesarle profundamente España. En las calles de Burgos, apenas apeado de la diligencia, no sabe sustraerse al encanto de la ciudad, bien que la llame después montón de ruinas. Es de noche. Burgos duerme. Su catedral está soñando. Por las calles vacías va y viene con su linterna la sombra del sereno. Sarmiento recorre la ciudad que duerme y recorre la catedral que sueña. No sabe qué le pasa... Los gendarmes se dirigen a él por la extrañeza de su persona, y él traba diálogo con ellos. Habla, oye, se escucha, pone el oído a los ecos del aire y a las resonancias del alma. Él no dice nada de esto. Enfurrñado con España, se guarda bien de confesarlo. Pero imposible es que tal escritor de raza como él fué, no percibiera en Burgos un misterio muy grande y muy hondo, el de la fuente del idioma, en esa tierra del Cid, en esa tierra de los primeros versos del romance :

E él las niñas tornólas a catar.

A Dios vos encomiendo, fijas,

e a la mugier, é al Padre spiritual.

Agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar.

BABEL Y EL CASTELLANO

No. Sarmiento va a estudiar también «cuanto a la lengua dice relación». Y lo hace desde que entra en España. No importa que en la diligencia de los ocho pares de mulas vaya mano a mano con un súbdito francés, denigrando «al país de los buenos godos». (¡Y por qué motivos! Porque las mulas llevan moños encarnados y grandes plumeros rojos, y rapacéjos, borlas y campanillas...) Lo cierto es, aunque él no lo refiera, que apenas oye una expresión castiza, corta la charla con el francés, y escucha y atiende. Igual cosa le acontecerá en Madrid. Por más que la fiesta de los toros lo fascine—¡y lo fascinó!—anda muy ocupado en la corte viendo si abundan o no en los últimos libros los arcaísmos apolillados.

Así ama al idioma. ¿Y cómo sería de otro modo? Junto con el relato de las primeras batallas de la libertad, oyó referir, de niño, los heroicos hechos de las invasiones inglesas. ¿No lo sabía de sobra Sarmiento? Cuando en Montevideo comenzó a publicar aquella hoja bilingüe de *La Estrella del Sur*, se definió netamente en el Plata la sensación de un insoportable oprobio. Ni poco ni mucho les valiera a los gacetilleros británicos pregonar en su hoja las excelencias del liberalismo económico inglés frente a las aberraciones del monopolio mercantil español. Montevideo y Buenos Aires querían todas las franquici-

ARTURO CAPDEVILA

cias del liberalismo económico..., pero en castellano. Aquellos criollos, cualesquiera que fuesen sus ideales políticos, renegaban de ellos, si habían de hallarlos en ese texto bilingüe... Se ve muy claro. Cuando tales hechos mueven a la rebelión y cuando tales cosas se defiende con la espada y el fusil, señal segura de que están en juego muy grandes riquezas del alma.

Y Sarmiento, lo quisiese o no, era, respecto de muchas cosas, en esa España que recorría enfurruñado, un español entre los españoles...

III

Sarmiento entró en España yendo de Francia, y hartó sabía cuánto se amaba en la tierra de Hugo la buena expresión de las ideas. París era la nueva Roma del mundo latino. Las letras habían vuelto a ser augustas. También sabía Sarmiento, empapado de historia, que dondequiera que se vió un gran monarca, allí se atendió a la salud y lozanía de la palabra; y que dondequiera que se alzó un pueblo excepcional, pronto para un excepcional destino, allí el cultivo del idioma se pareció demasiado a un culto; lo sabía, bien que pudiera momentáneamente olvidarlo en polémica con Bello.

Y cierto es. Dondequiera que hubo un gran rey en la tarea de labrar la efectiva grandeza de su nación, viósele propender a la pureza del idioma. Pero, sin salir de la vecindad pirenaica, bastará que hablemos de Luis XIV, el rey amante de las letras y de las bellas artes literarias.

Luis Bertrand nos le muestra, en el hermoso libro que le dedicara, tan ocupado en salvar a Francia del *león* y del *águila* como de promover el mayor brillo de su literatura. Amaba el arte del bien decir. Si se enamora de la feúcha María Mancini, es porque ésta habla como ninguna. El encanto de la conversación le hace caer más tarde en los amorosos lazos de madame Scarron. Entretanto, Luis XIV habla y escribe lo mejor que puede. Ama y cuida su prosa, y es en él una necesidad espiritual hacer versos. Ama el estilo. Escribe excelentes cartas en la época de la mejor literatura epistolar que se conozca, después de la latina. Parece un emperador romano del más esplendoroso tiempo de Roma.

Bien ha dicho Bertrand: «Más que el mismo Boileau, enseñó a su nación el poder de una palabra exacta.» Y muy merecida celebridad alcanzó por toda Europa esta frase con que un día se pintara al gran rey en la Academia Francesa: «Dos cosas no puede sufrir Su Majestad: un soldado fuera de su fila; una palabra fuera de su lugar.»

Y siendo tan liberal en esa mercancía del buen gusto y del amor a las letras, no se desmenguaban sus caudales...

¡*Ancha Castilla!*—exclamación que en el viejo tiempo incluía incitación a generosidad y a co-

BABEL Y EL CASTELLANO

raje—¡ *Ancha Castilla!* Tampoco tu caudal se desmenguó porque te dieras al mundo y sembraras tu palabra por tantos mares, por tantas islas y por tan extensa tierra firme; ni se desmenguó el nuestro de buenos y fieles argentinos, porque amemos tu idioma, nuestro idioma, el que las madres nos enseñaron en la cuna.

Por eso decíamos entonces, frente a aquellos ocos de los páramos castellanos, fragantes de ese pan del idioma que allí creció, venturosa:

—¡ *Ancha Castilla!* Tu idioma es, cada día más, una de las mayores fuerzas del espíritu sobre la tierra.

Por eso decimos ahora:

—¡ *Ancha Castilla!* ¡ *Ancha Argentina!* ¡ *Ancha América!*

V. *EL EMBROLLADO PROBLEMA
DEL TU Y EL VOS*

La buena fabla, siempre, faz de bueno, mejor.

ARCIPRESTE DE HITA.

Ahora bien : De las muchísimas cuestiones que en Castilla se ofrecen a la meditación de un estudioso, en cuanto a la lengua respecta, son de especial interés para un hispanoamericano las que conciernen a la suerte del castellano en América ; y entre todas, por curiosa, la que atañe a la introducción del voseo en buena parte del continente. Para nosotros, los argentinos, enfermos de este sucio mal, que ojalá no resulte incurable, el interés se duplica, excusado es decir.

Pero, con ser tan importante el fenómeno y con hallarse tanto más allá y tan por encima de una cualquiera gramatiquería, ni es mucho lo que sobre esto se ha escrito, ni con lo escrito pueden darse por resueltos los problemas que el caso plantea. No faltan, sin embargo, en las publicaciones destinadas a esta clase de asuntos, valiosos ensayos sobre el voseo. Son los primeros ; tratan el asunto en general, y, por de contado, no lo agotan. Ya vendrán otros más frecuentes y más completos. Y como en todas nuestras cosas,

para dar con la verdad será preciso que América vaya a España y que España venga a América.

Entretanto, modelo de monografía es, sin duda, la que don Pedro Henríquez Ureña publicara por 1921 en la *Revista de Filología*; trabajo meritísimo, autorizado con tan numerosas como bien escogidas citas. Su estudio, rico en observaciones, computa hechos diversos, a cual más digno de sostenida atención. Comienza por distinguir en América cinco zonas principales. La Argentina, el Uruguay, el Paraguay y tal vez una parte del Sudeste de Bolivia forman una de estas zonas. En algunas, el idioma asume caracteres dialectales. Más aún: la inferioridad numérica del elemento hispánico ha determinado en algunos sitios de América la constitución de dialectos intermedios; como, por ejemplo, la formación del hispanonáhuatl, de Nicaragua, o, bajo la influencia africana, la del papiamento, de Curaçao. Todo esto queda muy bien puntualizado en el estudio del conocido ensayista.

También se examina aquí la suerte del alfabeto castellano en América, letra por letra, para entrar, finalmente, a un rápido análisis y consideración del voseo, estableciendo, eso sí, con celosa minuciosidad su distribución geográfica desde Cuba a la Argentina.

La afirmación categórica es ésta: sólo la ter-

BABEL Y EL CASTELLANO,

cera parte de la América española ignora el uso del vos ; todo el resto de América, en zonas de mayor o menor extensión, lo emplea exclusivamente. El voseo existe en la más dilatada porción de la América del Sur, debiendo incluirse, en el otro hemisferio, la provincia mexicana de Chiapas y aun el Curaçao, en cuyo papiamento se dice *bo* por *vos*. Ahora, en Cuba quedan vestigios de voseo en la provincia de Camagüey. Cabe afirmar, por lo demás, su difusión por toda la América Central, con la salvedad de que en las clases cultas prevalece el tú.

En cuanto a Colombia, la conjugación popular se acerca mucho a la rioplatense. *Sos, tomás, tenés, salís* y otras inflexiones arcaicas son las voces habituales en el presente de indicativo ; tal como en la Argentina. Asimismo, en Venezuela y El Ecuador la conjugación popular no anda mejor que a orillas del Plata.

Sólo quedan idemnes, aproximadamente en su totalidad, México, las Antillas y casi todo el Perú. Y con esto, cuando más queríamos oír al señor Henríquez Ureña, su monografía termina. Lástima, de verdad.

II

Entretanto, si en un mapa de la América española señaláramos con rayas negras—y es lo menos que podríamos hacer : señalar de negro tan negra cosa—, las extensiones en que se emplea el vos, y rayáramos de rojo aquellas otras en que domina el tú, luego nos maravilláramos considerando la distribución de los colores ; sobre todo si, en procura de una clave étnica, hubiéramos creído posible establecer el origen de la disparidad, habida cuenta del arribo y arraigo de unos u otros pobladores españoles en el continente, y puesto caso que pudiera demostrarse una excluyente predilección por el voseo en determinados elementos peninsulares. Veríamos media América del Sur rayada de negro y casi toda la española del Norte rayada de rojo. El Perú se nos mostraría rojo también, y entre el Perú y México hallaríamos caprichosas franjas de uno u otro color.

¿Qué conjeturar? ¿Será que prevaleció en el mapa negro una especial influencia, por ejemplo, la casi dialectal andaluza? ¿O no se ha dicho y repetido que hay un andalucismo americano? ¿Y no sabemos paralelamente que Andalucía, como América, no dice *vosotros*, sino *ustedes*, como único plural de segunda persona? Sin embargo, quedamos en las mismas. Pasaron los tiempos del socorrido andalucismo de América. El propio Henríquez Ureña (ver *Cuadernos del Instituto de Filología*, 1925, Buenos Aires) demuestra lo insostenible de esa tesis. Se rechaza ya fundamentalmente que hubiera tal preponderancia andaluza en la conquista de América; fuera de que—viniendo a lo nuestro—nadie ha probado que los andaluces de la conquista emplearan el vos y mucho menos a la manera americana, tan poco análoga a la del teatro del Siglo de Oro.

Está acabada la cuestión. Todos se embarcaban en Sevilla, mas no eran todos sevillanos. Sobran los nombres que lo acreditan. Incluso sabemos que gran número de conquistadores y colonizadores corresponde a Castilla. Toda España se volcó en América, con todos sus elementos étnicos. Cuervo tenía razón.

¿Y otro influjo que no fuera andaluz? ¿Otro influjo, como ser el leonés? Se abre un camino tentador a las fáciles improvisaciones. El Uru-

guay, que pertenece a la zona infestada por el voseo—esa viruela del idioma—, comprende un departamento cuyos naturales se denominan maragatos en recuerdo de los primeros pobladores, oriundos de la Maragatería, aquella comarca leonesa del Sur de Astorga. Son, pues, los maragatos uruguayos de reconocido origen leonés. Ahora bien; según fidedignas referencias, los maragatos de España usaban el tratamiento de vos. En España—afirma el señor Pla Cárceles (*Revista de Filología*, tomo X, cuaderno 3)—, en España, entre los maragatos, hasta mediados del siglo XIX, corría «el extraño tratamiento de vos». Leemos en otra parte: «En Astorga se dice vos.» ¿Entonces?...

Todavía nada. Surgen inmediatamente legítimas dudas sobre la exacta naturaleza del voseo astorgano, aparte de las que se ofrecen sobre su persistencia actual. ¿A qué pronombre va unido este vos, en acusativo o dativo? ¿Al pronombre *os* o al *te*? ¿Se dice: *Os* digo a *vos*, o bien: *A vos te* digo? Esta diferencia es sustancial. Repetimos que no hay ninguna relación entre una comedia del Siglo de Oro y el ruin voseo ríoplataense. Por otra parte, los que vosean en Astorga, si es que los hay aún, ¿no serán por ventura indianos que aquí lo aprendieron y allí por

nostalgia lo emplean, cuando no, si me pasáis el vocablo, por hacer notar su *forastería*?

Mas, a pesar de tan discretas salvedades, no faltarían motivos para cavilar un poco, antes de rechazar totalmente la hipótesis. El señor José Alemany es autor de un paciente análisis sobre las voces leonesas usadas por la insigne novelista Concha Espina en su obra costumbrista *La esfinge maragata*. Y punto notable: numerosísimas voces de las que registra Alemany se tendrían por argentinismos o criollismos rioplatenses, desde el *velay* de Santiago del Estero, reputado por quichua, hasta los vulgarismos más corrientes, como cuando se dice *la* calor por *el* calor, o necesidad, santidá, verdá, navidá... ¡Todo sería maragato!

He aquí una buena lista de argentinismos... leoneses: *Velay*, entoavía, naide, nenguno, lejura, explotar (por estallar), fruce (por fruncimiento), leyer, mismamente, norteño, remesón, tronido, volido, agora, pitusa, casona, agorería (por agüero), acaloro (por acaloramiento), caldudo, conmiserarse, cuantimás, denantes...

Por el tentador camino de la improvisación ya diríamos que los maragatos influyeron con sus modismos en el habla general, y que su particular voseo arraigó en ambas orillas del Plata, contando para propagarse con el prestigio de Buenos

BABEL Y EL CASTELLANO

Aires ; con lo que fué cundiendo de Sur á Norte, y después... ¡No! Nada de esto. Difícil es imaginar hipótesis más absurda. Basta mirar en el mapa de América toda la Argentina y todo Chile y todo el Paraguay y toda Bolivia, en una sola mancha negra correspondiente al voseo, para comprender que la influencia de una colonia maragata del Uruguay no pudo nunca ir tan lejos...

III

¿Qué pensar? Mientras más empeñadamente se quiere ver claro en este enigma, cierto que más aumentan las dificultades. Poco ganamos con acudir a los textos del siglo xv. Por la época de la conquista, el idioma se estaba formando aún. M. L. Wagner ha podido escribir: «El idioma español no había alcanzado aún, antes de la conquista, el punto culminante de su desarrollo literario.» (Tomo I, cuaderno 1, del Instituto de Filología, Buenos Aires). Lo que guarda perfecta conformidad con aquellas palabras del *Diálogo de las Lenguas*, en que se ve cómo la lengua española era muy menos ilustrada que la toscana. La toscana—declara Valdés en el *Diálogo*—está ilustrada y enriquecida por un Boccacio y un Petrarca, los cuales, siendo buenos letrados, no solamente se preciaron de escribir buenas cosas, pero procuraron de escribirlas con estilo muy propio y muy elegante; y, como sabéis, la len-

gua castellana nunca ha tenido quién escriba en ella con tanto cuidado y miramiento...»

Sólo había lo que se llama el español anteclásico, que si parece vacilante en muchas obras, mucho más lo sería en el ordinario trato. Esta fué el habla que trajeron los conquistadores a América. Hoy mismo es fácil hallar (verbigracia, en el Arcipreste de Hita) expresiones todavía frecuentes en los campos de la Argentina. Así: compañía (por *compañía*), Grabiél (en metátesis de Gabriel), mestureros (de *mesturar*), cadaque; por o po (en lugar de *pues*), retar (por *reprender*), quintero, y tantas otras. El lenguaje popular no ha sabido olvidarlas, como tampoco han sabido olvidarlas los judíos expulsos en los puertos de Levante.

El idioma, en dicha época, no está concluído, ni con mucho. El tratamiento mismo es inseguro. El genio de la lengua vacila entre una y otra dirección. Las inflexiones verbales no se han dado aún su definitiva ley. Comienza a prevalecer la tercera persona para la segunda: *Vuestra merced, vuesarced...* Pero, ¿tenía España dos zonas bien netas: la del tú y la del vos? Nada sería tan arbitrario como afirmarlo. Antes bien: el castellano de España es bastante uniforme en toda ella.

Entonces, y puesto que un mismo pueblo co-

BABEL Y EL CASTELLANO

lonizó nuestra América, y dado que uno solo era su idioma y unas mismas sus costumbres y su cultura, ¿por qué tan luego esta diferencia de tratamiento familiar? ¿Por qué en esas regiones del Perú y de México una conjugación correctísima—el pronombre tú con todos sus elementos propios—y en estas otras del Plata y de Chile, ese horrendo voseo, mezclado a los enclíticos y a los posesivos del pronombre tú? ¿Por qué en unos sitios la cohesión verbal y en otros la más estropeada conjugación que en idioma alguno se haya observado?

Trataremos en capítulo aparte de desembrollar este problema, si es que antes no se nos embrolla más.

VI. EL TU Y EL VOS EN LOS CLASICOS

Tú... «No se dice sino a criados, humildes y personas baxas... pero acomodándonos con el uso de la lengua latina, decimos tú al mismo Dios.»

Vos... «No todas veces es bien recibido, con ser en latin término honesto.»

(Covarrubias. TESORO DE LA LENGUA.)

I

Quienes introdujeron el voseo en América ; cómo y por qué degeneró en las formas mixtas actuales ; si vino bastardeado o si aquí se le bastardeó, por qué no se emplea en toda América, y de cómo si los españoles lo trajeron, según parece obvio, ni ha sobrevivido ni se ha transformado tampoco en la Península, sino que se ha perdido totalmente : éstos son los enmarañados elementos de nuestro lindo problema hispanoamericano.

Y nótese que, por referirse al tratamiento, se involucran en él agudas cuestiones psicológicas ; pues por mucho que gramaticalmente una *persona* no sea más que un nombre o un pronombre, mediata o inmediatamente vinculado a la acción del verbo, ese nombre sustantivo se ha remontado a vital expresión, y estas inflexiones particulares que toma el verbo, dignifican o desdoran. Apenas se inicia la historia, el tratamiento es la

ARTURO CAPDEVILA

corona y la aureola de las palabras. La fuerza, la grandeza, el poder quieren ser reconocidos a cada instante en las inflexiones de los verbos. Si las dice, la grandeza se confirma en la propia opinión. Si las oye, es confirmada en la ajena. El verbo, todos los verbos; es decir, la vida toda, se rinde a los pies del poderoso. Paralelamente, un monosílabo (que rara vez alcanza a ser más una *persona*) es capaz de comunicar dignidad o de quitarla. Así, el tratamiento—esto es, la forma particular asumida por la segunda persona—contiene todo el archivo de los linajes y las dinastías. *Tú... vos... vuestra merced...* En esta inaprehensible nadería tenemos, cuando menos, algunos siglos de historia española, política y moral.

II

Ahora, por si algo halláremos de camino para nuestra cuestión, señalaremos algunas muestras de las vicisitudes del tratamiento castellano, empezando, como es de justicia, por el testimonio del *Diálogo de las Lenguas*, ese remoto catecismo del idioma : lo más plácidamente romano que se haya escrito en español ; diálogo tan claro, tan adivino y tan bien autorizado por el tiempo que todo él es hallazgo, sin decir nada de su llaneza ni de aquel su atildamiento siempre incapaz de afectación. Conjetúrase que lo compuso Juan Valdés, un allegado del emperador Carlos V, y partidario de Lutero y el libre examen, que, a la verdad, debió ser hombre de incomparable cortesanía. Asienta, pues, en su *Diálogo* el retórico luterano que, hablando con uno muy inferior, se dice *tú*, y cuando se habla con un casi igual se dice *vos*.

De igual a igual no se diría tampoco de otro

modo, ya que los propios interlocutores de su fingida conversación—Marcio, Coriolano, Valdés y Torres—de *vos* se tratan, y son los cuatro caballeros de la misma dignidad.

En todo caso, el testimonio es posiblemente válido, aunque no por manera absoluta, para las primeras décadas del siglo XVI, y acaso no tanto para la vida cotidiana de España cuanto para el castellano oficial de las cortes extranjeras. No olvidemos que los cuatro amigos de la plática departen no lejos de Nápoles, en una casa de campo de la costa, y que dos, entre ellos, son italianos.

Lo cierto es que ya por ese mismo tiempo, como lo afirma don José Pla Cárceles (*Revista de Filología Española*, tomo X, cuaderno 3), en su trabajo *La evolución del tratamiento de vuestra merced*, el uso vino a rebajar «el valor galante del vocablo pronominal latino *vos* en nuestro idioma», de tal suerte que «ya en el primer tercio del siglo XVI, vosear a una persona implicaba, cuando no un insulto, una íntima familiaridad o superior categoría social por parte del que hablaba».

Si no fuera que el *Diálogo de las Lenguas* se refiere en este punto a un español diplomático mucho más que a un casero y corriente español, hartó habría que extrañarse de estas noticias su-

yas sobre el vos y el tú; porque no hay texto del siglo que las corrobore, sino bien al revés. Fácil es verificar, como quiere Pla Cárceles, que el voseo suena ya entonces, o despectivamente o como expresión demasiado familiar.

Detengámonos, si no, ante decisivos ejemplos que nos concretarán, así para América como para la península, el sentido peyorativo del pronombre vos. La transcripción que sigue pertenece a Pla Cárceles y está sacada de Jerónimo Ximénez de Urrea (*Diálogo de la verdadera honra militar*), donde se lee: «Jugando un día en Triana a basto y malilla con un escudero de don Pedro de Guzmán, llamado Belmar, le dixé sin pesar enojallo: Belmar, vos jugáis mal. Alterándose él por el vos que le dixé, respondió empuñado y feroz: Yo juego bien, y vos que sois tú sois muy ruin hombre.»

También se lee en Hurtado de Mendoza (carta al cardenal Espinosa, año de 1579, todo según la cita de Cuervo): «El secretario Antonio de Eraso llamó de vos a Gutierre López, estando en el Consejo, y por esto se acuchillaron.»

Por donde se ve que enseña lo justo el *Galateo Español*, de Lucas Gracián, cuando pone: «Quien llamase de vos a otro no siendo muy más calificado, le menosprecia y hace ultraje en nombralle,

pues se sabe que con semejantes palabras llaman a los peones y trabajadores.»

Cervantes, a su vez, en el *Quijote* se conforma con este parecer: «Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de *vos* a sus iguales y a los mismos que...» (Capítulo LI, primera parte). Y en otro capítulo se quejan las dueñas de que sus señoras, como si fueran reinas, no dejan nunca de echarles un *vos*...

Quevedo, por su lado, en *El gran tacaño*, fija el concepto de la familiaridad que implica el trato de *vos*: «Recibiéronme ellas con mucho ardor, y ellos llamándome de *vos* en señal de familiaridad.»

III

Acepción de familiaridad, o de desprecio, o de repentino enojo ; todo esto se hallará en el tratamiento del *vos*, menos aquel engolado amaneramiento del teatro del Siglo de Oro, en que ese pronombre y sus hinchadas formas verbales hacen de cada cuarteta una como alechugada gorguera en que la más trivial idea parece siempre de ceremonia.

Pero..., ¿no estamos equivocándonos? En parte, sí; en parte nos equivocamos. Porque, en efecto, si prepondera el tratamiento de *vos* en la escena española, alterna siempre con el *tú*, hasta el punto de emplearse uno u otro pronombre indistintamente en una misma escena y en un mismo diálogo. No se acomoda, por lo demás, a ninguna dada conveniencia: tan pronto revela familiaridad—incluso familiaridad excesiva—como acusa respetuoso acatamiento.

Nada más fácil de probar. No hay comedia añ-

tigua, así se hable de las mejores, en que no reine esta libertad caótica. En *El alcalde de Zalamea*, el capitán llama de tú al sargento y, por añadidura, le dice mentecato. Entretanto, el sargento, que le llama *señor*, también tutea al capitán. En la misma obra, el alcalde llama de vos al capitán susodicho, suplicándole de rodillas; y de vos le contesta el mal hombre, negándose y denostándole. Y luego, en la escena entre Crespo y el monarca, todo es vos del villano al rey y del rey al villano.

Podríamos abundar en ejemplos análogos de *La Estrella de Sevilla*. No hace falta. Señalemos, mejor, en *La vida es sueño* otro aspecto interesante. En *La vida es sueño*, el príncipe Segismundo y un criado de palacio se tutean el uno al otro. Poco antes, sin embargo, Segismundo le ha llamado vos:

... ¿No digo
que vos no os metáis conmigo?

Y no fué el tono de enfado lo que trajo aquel vos, pues antes no había llamado de otro modo a la bellísima Estrella, y no por la mucha confianza, puesto que acababa de conocerla, ni en forma alguna por despectiva insolencia, pues no otra cosa quería que galantearla.

BABEL Y EL CASTELLANO

Asimismo, en *El burlador de Sevilla*, se pasa del tú al vos sin sujeción a ley alguna ; y no falta escena en que sea empleado en muestra de mucho rendimiento. El duque Octavio y el rey se dicen entrambos de vos.

Habla el duque :

—*A esos pies, gran señor, un peregrino
miserero y desterrado ofrece el labio,
juzgando por más fácil el camino
en vuestra gran presencia...*

Habla el rey :

—*Ya, duque Octavio, sé vuestra inocencia.*

Y Octavio :

... *Quien espera
en vos, señor, saldrá de premios lleno.*

Debe insistirse, no obstante, en que por los años de Tirso el tratamiento de vos se tomaba en un sentido francamente peyorativo ; y nada más concluyente que probarlo, en la buena compañía de Cuervo, con el propio Tirso de Molina, en cuya comedia *Celos con celos se curan*, hay personaje que plantea la cuestión :

... Yo os daré
mercedes. Andad con Dios.

—¿Os haré y andad? ¿Ya es vos
lo que tú hasta ahora fué?

Pues vive Dios, que hubo día,
aunque des en vosearme,
que de puro tutearme
me convertí en atutía.

—Gastón, tu estancia es abajo ;
vete y despeja.

—Eso sí.

Tú por tú...

Resultaría de cuanto hemos dicho que muy escasa conformidad guardó el teatro del Siglo de Oro con la realidad circundante y aun consigo mismo. Es, en cambio, lo cierto que ambos tratamientos coexistían y que el teatro no pudo menos de recogerlos a la par. Sólo debe añadirse que, a la sazón, por influencia de los latinizantes, el tú empezaba a elevarse de su injusta baja española, y que ya sufría el oído de los señores lo que antes apenas si para los criados sonaba ; mientras que el vos, acaso por el desgaste de tantos siglos, se rebajaba al más ordinario empleo y comenzaba a lastimar los oídos delicados y las almas puntillosas.

En fray Luis de Granada se ve también la

equivalencia de ambos tratamientos en aquella plegaria a la Virgen, donde se pasa «del *tú* al *vos* y del *vos* al *tú*, como se pasa en la música de un tono a otro», según pabra de Bello : «¡Reina del Cielo! Si la causa de *tus dolores* son los de *tu* hijo bendito y no los *tuyos*..., cese la muchedumbre de *tus gemidos*, pues cesó la causa de *tu* dolor... El mismo hijo tuyo te convida a nueva alegría en sus cantares, diciendo : El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra ; levántate, querida mía, hermosa mía... deja ahora esa morada, y ven conmigo...» Y pasando al *vos* : «Bien veo, señora, que no basta nada de esto para *consolaros*, porque no se ha quitado sino trocado *vuestro* dolor...» (*Tratado de la oración y meditación*, Cap. XXV, párrafo II).

Otro tanto empezaba a ocurrir en la propia masa del pueblo. He aquí un adagio de la época que autoriza el aserto de la cabal equivalencia del *tú* y el *vos*, en el trato de la calle, si por ventura hay cosa más popular que un refrán : «Dijo la corneja al cuervo : *Quítate* allá, negro. Y el cuervo a la corneja : *Quitaos vos* allá, negra» ; donde muda el tratamiento en cada interlocutor, sin que a ello obligue razón de tono, de asunto ni de jerarquía.

A todo esto, en las obras teatrales o novelescas de reconstrucción histórica, ¿qué camino seguir? ¿Cómo se hablarán los personajes: de *tú*, de *vos* o indistintamente como en el promiscuo tratamiento de Lope, de Tirso o de Calderón? Desde luego, en el *vos* literario va ya implícita una adjudicación de respeto, y se logra además (lo que no pasa con el *tú*) cierto color de época insustituible. Las cosas han venido a ser así. De consiguiente, tanto Bello como Cuervo están contestes en que el evocador actual debe recurrir al *vos*. Tal lo ha hecho entre nosotros, con juicio certero y agudísimo talento, un maestro de maestros—Enrique Larreta—en *La Gloria de don Ramiro*.

Recapitulando: por los años de Lope, de Tirso y de Calderón, el *tú* que se eleva y el *vos* que se rebaja se ofrecen como en un mismo plano al poeta dramático. El uno vale el otro. No habiendo aún grave motivo para rechazar ninguno de los dos pronombres, el poeta dramático se queda con los dos, y de ellos se sirve sin otro criterio que el de la conveniencia silábica. Los señores tutean a los criados o los llaman de *vos*, a su talante, y otro tanto hacen los criados con los señores. La métrica no tiene por qué demostrar preferencia. Es muy curioso este momento de la vida y de la escena de España: tan curioso como

BABEL Y EL CASTELLANO

poco estudiado. En tal época, el desplazamiento del *vos* por el *tú* ha comenzado, pero está lejos de haber concluído. Antes será menester por mucho tiempo que muchos Belmares se pongan feroces al oírse llamar de *vos*, y que muchos Erasos se acuchillen por el mismo achaque con muchos Gutierres. Hasta que la letra con sangre entre...

Muy bien. Pero, ¿por qué, mientras España rechazaba el voseo, dos terceras partes de la América hispánica se quedaban con él? ¿Y por qué este vosearse, sobre estar venido a menos, había de bastardearse todavía más, y este *vos*, plural de por sí, tomaría formas verbales de singular, conservando, empero, para mayor capricho, las privativas formas arcaicas?

Nos proponemos explicarlo, si es que se puede explicar.

VII. EL TU Y EL VOS EN AMERICA

Pues ellos no lo hacen y a vos no os falta habilidad para hacer, no os debriades excusar dello, pues cuando bien no hiciédeses otra cosa que despertar a otros a hacerlo, haríades harto.

(DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.)

I

Hemos llegado hasta ahora a las siguientes comprobaciones sobre el voseo castellano :

1.º Ya en los primeros tiempos de la conquista de América el *vos* sonaba o con demasiada familiaridad o con un aire despectivo u hostil.

2.º En el teatro del Siglo de Oro, y propablemente en la cotidiana vida española, hubo un tiempo en que el *tú* y el *vos* coexistieron. La frase que todavía corre, al menos en la Argentina—«tratarse de *tú* y *vos*—, se originó tal vez en la dicha época. Lo mismo, sin duda, que el refrán recordado : «Dijo la corneja al cuervo : Quítate allí, negro. Y el cuervo a la corneja : Quitaos allá, negra.» Donde con un mismo tono, y diciendo una misma cosa, la corneja tutea al cuervo y el cuervo da tratamiento de *vos* a la corneja.

3.º En todo el siglo XVI no cesa de acentuarse el carácter despectivo o en demasía familiar

del voseo, hasta que a fines del siglo xvii prevalece el *tú* por toda España.

4.º Cabe agregar que cuando suena un *vos* inopinada y bruscamente, equivale a una expresión de enojo. El Diccionario de la Real Academia lo recoge, hasta en su primera edición del siglo xix, como término injurioso.

5.º Es del todo infundada la suposición de que el voseo americano se pueda explicar por tal o cual influencia étnica. España hablaba de manera muy uniforme el castellano, y sabido está que Castilla no faltó de América.

6.º El mapa de América se divide en dos zonas bien netas: una en que se tutea y otra en que se emplea el *vos*. Es aquélla el tercio del continente. Comprende esta otra las dos terceras partes.

7.º La zona en que se vosea abarca todo el Sur y otras regiones discontinuas. La zona en que se tutea reconoce dos núcleos principales: el Perú y México.

8.º El voseo en la actualidad se desconoce totalmente en España.

9.º No se ha propuesto ninguna explicación satisfactoria del fenómeno.

II

Ahora bien : con sólo destacar un determinado dato, el problema se empieza a aclarar. El dato, de una suma importancia, es éste que hasta hoy ha pasado inadvertido.

La zona en que se tutea reconoce dos núcleos principales : el Perú y México. Ya lo conocíamos todos, y bien puntualizado quedó en la monografía de Henríquez Ureña ; pero nadie le había concedido a tan característica noticia la importancia decisiva que reviste.

Y no se crea que estamos por verificar aquí un determinado predominio étnico. Lo que no sirvió para explicar el *vos*, servirá muy poco para explicar el *tú*. Lo que no sirvió para los dos tercios del continente, tampoco sirve para su tercera parte. Al Perú y a México, tal como pasara en lo restante de América, acudieron españoles de todas las provincias de España. Ni a la Argentina vinieron solamente andaluces y extremeños

de un habla casi dialectal, ni al Perú y México habieron de ir solamente puristas de Castilla.

Entonces, ¿cuál es la deducción inmediata que nos proponemos sacar de la mera contemplación del mapa, de la simple comprobación de que en Lima y en la capital azteca se tutea, así como en todo el término de su respectiva influencia? Ya vamos a decirlo, plantando lo mejor que sepamos nuestro huevo de Colón. Helo aquí: *La total preferencia peninsular por el tuteo y su parcial adopción americana constituyen, sin disputa, un mismo fenómeno de cultura. Nada hay en él que sea étnico. Todo es cosa cultural.*

Nada más que esto. Nada menos que esto.

No es que se deje de emplear el *vos* en la península, porque vaya cayendo en desuso como tantas formas, como tantos giros idiomáticos. Se le deja de usar porque ofende. Cierto: el *vos* no se retira del lenguaje. Bien al revés: el lenguaje se retira de él. Poco tiene que hacer el natural trabajo del tiempo en esta obra. Mucho, la deliberada voluntad. Muchísimo, la simple imposición del gusto de los mejores. El *vos* va quedando para dirigirse a los criados. Después se le abandona por completo a la plebe. Es un fenómeno concéntrico de ese tan grande movimiento cultural de España que, por inmerecido mal nombre, se llama culteranismo.

BABEL Y EL CASTELLANO

El paulatino abandono del *vos* no es, de este modo, un caso de prepotencia plebeya. La transformación se realiza en las clases superiores, latinizantes, renacentistas, cultas, y se impone a la masa, desde arriba y por los de arriba. Mal avenidos andan con la verdad los que atribuyen a la hez social, a esa que Bello solía llamar, con espontánea aristocracia de esteta, «ínfima plebe», formaciones y transformaciones lingüísticas que tan de cerca atañen a la inteligencia. Mal hacía nuestro Gutiérrez de mostrarse tan seguro de que «el uso del vulgo es la ley suprema del lenguaje». Bello y Cuervo salvaron al castellano en América de una ruina inminente, solos, ¡y en qué tiempos! Hasta Sarmiento se les puso en contra... ¿Sarmiento?... Acabemos con ese chisme. Sarmiento, cualesquiera fuesen sus desplantes periodísticos, escribía muy buen castellano, muy castizo y muy puro. Ni llevemos demasiado lejos nuestras convicciones democráticas, en este linaje de asuntos. Nos atrevemos a decir que en esto, como en todo, el pueblo gobierna... por medio de sus representantes. Ya puede el bajo fondo mascullar lo que le plazca. No saldrá nunca de eso un idioma; si siquiera una jerga. En cosas del espíritu mandan casi siempre los que deben mandar. ¡Allá es poco la desaparición de una lengua como la lengua castellana, formada

de los mejores elementos lingüísticos de la tierra, en el trabajo de siglos, para que dependa su destino de dos inmigrantes trasnochados de la Boca! ¡Medrados estaríamos! En cosas del espíritu—repito—mandan siempre—y ya no digo casi—los que deben mandar. El nacimiento de una nueva lengua es un hecho de suma trascendencia filosófica, histórica, científica, artística, ética, religiosa, metafísica. Por eso mismo, no acontece tal cosa enorme todos los días, ni aún bastan miles de años para que acontezca. De igual modo, la suerte de una lengua es una cosa gravísima. Millares de presuntos argentinismos están ya convictos y confesos de falsedad. Dimos en otro lugar una buena lista de argentinismos... leoneses. Leyendo ahora *El Miajón de los Castúos*, rapsodias extremeñas del muy notable poeta regional don Luis Chamizo, doy con un buen número de argentinismos... de Extremadura: arrempujar, asina, bicharraco, bochinche (en su primitiva acepción), chacho (¡nada menos que el Chacho!), dir, nacencia, jopo, pinitos y otros muchos. Así van saliendo los tales argentinismos: todos de la Península. El cultísimo escritor, doctor Cantilo, ministro que era de la Argentina en Lisboa, decíanos un día en el Chiado: «Hoy me he despedido de todos estos argentinismos: batuque, pichincha, calote, mujereño,

petizo, casal... No son más que lusitanismos corrientes de seguro en Galicia...» Y siempre Hispania, como diría Unamuno; siempre Hispania. Ya sabemos, pues, a qué atenernos. El pueblo argentino ha creado poquísimas palabras. Pero, ¿por qué? ¿Porque sea tan difícil crear palabras nuevas? ¿Porque la Argentina carezca de cierto genio especial para crearlas? No por eso, sino por estotro: porque las palabras se crean cuando hacen falta, y en el interín, un pueblo serio como el nuestro, un pueblo llamado a muy grandes quehaceres, no se ocupa de cosas superfluas. La historia misma lo impide. El propio idioma, el poder del propio idioma, lo hace imposible. Porque, de veras; aunque tan acostumbrados estemos a considerar cualquier idioma como un instrumento del hombre, puede ser que sea todo lo contrario... ¿Y si fuera, en efecto, todo lo contrario: el idioma es superior organismo y el hombre un instrumento suyo? Lo dicho. Y conste que no queremos decir nada fantástico. Queremos decir solamente que el reino del Espíritu no está siquiera comenzado a explorar.

En cosas del idioma mandan casi siempre los mejores, y nunca se desvía tanto el pueblo como parece. En poco tiempo dominó la Real Academia Española una anarquía destructora. Neolo-

BABEL Y EL CASTELLANO

gismos sin cuento, corrientes en el trato popular, nacieron y nacen todos los días del latín y del griego, hijos todos de la voluntad inteligente sin la menor participación de la plebe. El mundo ha asistido en estos tiempos a la aparición de centenares de máquinas y cosas nuevas. Puede recorrerse los nombres de los inventos: el pueblo no bautizó ni uno solo. Cerrando nuestra cuestión en su primer aspecto: en España se tutearon los más cultos. El *vos* quedó para los inferiores. Finalmente, ni los inferiores lo quisieron para sí. La voluntad inteligente había triunfado.

III

He aquí ahora, en América, la contraprueba inmediata ante la mera contemplación del mapa, ante la simple comprobación de que Lima y México fueron los centros de mayor cultura colonial y fueron y son los mayores núcleos de predominio y expansión del *tú*.

En obra tal como la *Antología de poetas hispanoamericanos*—antología anotada que, por encargo de la Real Academia Española, ordenara y escoliara Menéndez y Pelayo—cuadro por excelencia de la cultura general de la colonia, es donde mejor se ve cuánta fué la distancia que medió entre aquéllos nobles emporios y lo restante de América.

El virreinato de Nueva España fué—para decirlo con palabras del ilustre escoliasta del florilegio—«como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces». Allí, en

México, el primer instituto de enseñanza ; allí, la primera imprenta ; allí, la primera Universidad. Allí, Bernardo de Valbuena, ciertamente grande. Allí, al favor de una iglesia fastuosa y amante de la retórica, autos sacramentales en toda conmemoración. Corría el siglo XVI y ya hubo virrey en México. El virrey y la Audiencia inauguraban, en 1553, los estudios universitarios en pomposa ceremonia. Allí, desde entonces, los humanistas que escriben versos en latín y no se desdeñan de hacerlos en castellano, al ritmo y gusto de la corte, lejana, pero nunca ausente, ni en las costumbres ni en las predilecciones. Tanto verso se escribe que hasta trescientos poetas—¡cómo serían!—se llegaron a presentar a un certamen de 1585... No importa. Eso no es poesía, pero es cultura. México es siempre un eco vivo de España. De esta suerte, apenas cunden por España el culteranismo y el conceptismo, ambos se aclimatan en México. Es justamente la época en que el *vos* se destierra de la conversación y prima el *tú*, pues ¿cómo en un medio como ese había de soportarse una expresión mal sonante? Góngora será comentado desde la cátedra, y en el colegio de la Compañía de Jesús, ya por aclarar «los oscuros lugares», ya por desatar «las más intrincadas dudas», se recitarán las *Soledades* y el *Po-
lifemo*.

BABEL Y EL CASTELLANO

Rico, próspero, alegre, culto, México vive de fiesta :

Fiestas y comedias nuevas cada día...

Y por esto y por todo, Valbuena lleva razón cuando dice :

*Es ciudad de notable policía
y donde se habla el español lenguaje
más puro y con mayor cortesanía.*

Tampoco había de persistir el hiriente voseo, ya desterrado de la corte, en la Lima virreñal. Aquí también se vió, desde temprano, virrey y fastuosa Audiencia. Aquí también lucieron ingenios hispánicos de muy limpias letras. Aquí, si no las justas literarias, al menos las tertulias amenas fueron el ámbito natural de la gracia poética. Muy culta era la mujer en Lima, y muchas de ellas poetisas :

*Y aun yo conozco en el Perú tres damas
que han dado en poesía heroicas muestras.*

La propia institución del Santo Oficio limeño está acabándonos de probar cuánto era el entusiasmo que en la ciudad peruana despertaban las

ideas nuevas ; esto es, la cultura activa del mundo. Porque, a decir verdad, nadie llegó nunca a hereje «convicto y formal» ni «a miembro podrido de la religión» sin leer antes mucho texto de filosofía en las primeras fuentes y al primer albor de la naciente enciclopedia...

Colombia, en cambio, a mitad de distancia entre México y el Perú, ha sido y es todavía hoy un campo de batalla donde la victoria está indecisa. Allí mucha gente culta dice de vos, y no falta en el bajo pueblo quien diga de tú. Contaba precisamente Sanín Cano, con incomparable gracia, una sabrosísima anécdota que ilustra el caso : aquella del mozo de cordel de Barranquilla y del viejo bogotano. Contaba, pues, que había en Barranquilla un negro, mozo de cuerda, el cual, en habiéndose redondeado su jornal, se daba más aires que un príncipe y se creía más blanco que el lucero del alba. Y sucedió que con este propio negro le tocó habérselas a un pasajero bogotano de los que dicen de vos exactamente como en Buenos Aires.

Y el bogotano, que acababa de desembarcar, le dijo al negro :

—A ver, vos, llévame estas valijas.

A lo que el negro contestó, herido en su dignidad, no tanto por la brusca orden cuanto por el voseo del otro :

—Y ¿por qué no te las llevas tú?

BABEL Y EL CASTELLANO

Pero si el negro de esta anécdota se ofendía con el *vos*, no falta en Colombia quien se ofenda con el *tú*. Y así trae Cuervo, en sus *Apuntaciones*, esta frase de enojo de uno que no lo sufría :

—¡ Más ti serás ti !

En suma : México y Lima fueron y son las grandes metrópolis del *tú* y los mayores centros de su expansión. La causa queda averiguada. En Lima y en México, tal como ocurriera en España, la adopción del *tú* fué un fenómeno de cultura y buena crianza, al paso que en lo restante de América el triunfo del voseo en las masas populares no fué sino una imposición del general atraso. Y tanto fué cosa de cultura el tutearse y tanto lo sigue siendo, que aun allí donde prepondera el voseo, como en la Argentina, la gente de mayor alcurnia intelectual dice de *tú* cuando los otros emplearían el *vos*, y lo propio acontece en todas las otras zonas infectas por el voseo en América.

¿ Un ejemplo ? Monner Sans nos le ofrece : « En casa de Mitre no entró nunca el *vos* »... , pues ¡ cómo había de entrar cosa tan sucia en tan limpia casa !

VIII. EL IDIOMA EN LA ARGENTINA

La herencia que aconsejo a los argentinos conservar con respeto religioso es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza...

No existe tal «idioma argentino» en formación...

*Si tiene, al contrario, un rasgo evidente y plausible nuestra presente producción o **reproducción** literaria, es el de un esfuerzo hacia la propiedad del lenguaje, es decir, hacia el español castizo.*

PAUL GROUSSAC. (*Anales*, año de 1900, I. 412.)

I

¡Andad con cuidado! Y portaos bien. Y sed buenos y aplicados. Y que el maestro no os reprenda. Y que no os retardéis en el camino...

Nada de esto se oirá en América. No hay en toda la extensión de América hispánica una sola abuela criolla que despida a sus nietecitos como lo hacía esa de Castilla que oí yo en Toledo despidiendo a los suyos con aquellas palabras.

Pues en estos países del vos y del voseo hay todavía una rareza que apuntar. Aunque se usa y abusa del vos, no se conoce su plural manifiesto: vosotros. Éste se queda exclusivo para los discursos de alguna solemnidad. Mas suele aún a veces darse el grotesco caso (a lo menos, en la Argentina) de que en ellos se emplee revuelto con el pronombre vocativo *ustedes*, en el más desventurado batiburrillo. Figurones literarios hay en la Argentina que ignoran este elemental principio de coherencia verbal, según el cual lo que empezó

en tratamiento de *vosotros* debe seguir en *vosotros* y en *ustedes* lo que empezó en el de *ustedes*.

¡Y eso que no falta policía en la ciudad de nuestras letras! Un ingeniosísimo y muy sagaz y muy culto espíritu—hablo de D. Francisco Ortiga Anckermann—ejerce desde una difundida revista un poder discrecional, y no faltan todavía, según he de juzgar por las denuncias, instancias y apelaciones que suelen llegar hasta mi propia mesa, inquisidores voluntarios ardiendo en ansias de un buen auto de fe con tanto hereje...

El plural de *vos*, en la Argentina que vosea, como el tú, en la que tutea, es igualmente *ustedes*. El *vosotros* se perdió en el océano o se disipó en las pampas, y ello fué precisamente porque viniendo las barcas de Barcelona o de Cádiz no lo cargaron en mucha abundancia, como que Andalucía y Cataluña son regiones reacias a todo otro plural que no sea el de *ustedes*.

No es otro, por lo demás, el tratamiento que por aquí se da a los canes apenas son muchos, según ya ha sido notado risueñamente por el peninsular:

—¡Salgan de aquí! ¡Váyanse! ¡Salgan, pues, perros del diablo!

Con lo que en toda la redondez planetaria no habrá perros mejor considerados que los nuestros. Se les reprende, es cierto, y se les bota por algu-

BABEL Y EL CASTELLANO

na ocasión ; pero ¡ con cuánta cortesía ! *Ustedes...*
Esto es, *vuestras mercedes...*

Pero ¿ nunca corrió el tratamiento de vosotros en la Argentina ?

Ha quedado recuerdo de que cuando Ventura de la Vega, muy niño, fué conducido a España, daba estas voces por las calles porteñas :

— ¡ *Favor ! ¡ Favor ! ¡ Salvad a un ciudadano indefenso !*

Mas siendo como es constancia hispánica la que digo (Conde de Cheste, *Memorias de la Real Academia*), ponemos en duda que aquel Ventura sin ventura, como lo llamaba su tía, dijera *salvad* y no *salven*.

Sin embargo, en *Amalia*, José Mármol hace hablar de este modo a su héroe :

« Bárbaros—dice Eduardo—, no *conseguiréis* llevarle mi cabeza a *vuestro* amo sin antes haber hecho pedazos mi cuerpo. »

De igual modo, en *El Matadero*, esa tan viviente página de Esteban Echeverría, el salvaje unitario a quien van a degollar los sayones de Rosas, dialoga de este modo con el juez y los sicarios :

— ¿ Por qué no traes divisa ?

— Porque no quiero.

— ¿ No sabes que lo manda el Restaurador ?

— La librea es para *vosotros*, esclavos, no para hombres libres.

ARTURO CAPDEVILA

—A los libres se les hace llevar a la fuerza.

—Sí. La fuerza y la violencia bestial. Esas son *vuestras* armas infames...

Y después :

—¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

—Porqué lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que *vosotros* habéis asesinado...

Pero, con esto y más, siempre nos quedará la duda y la malicia de si en ambos ejemplos y en otros que se podrían citar no hay solamente literatura...

De esta suerte, este lindísimo *vosotros* familiar, gracioso y noble, que tanto suena y tan bien por casi toda España, ha venido a ser en la Argentina y lo restante de América mero tratamiento de oratoria, y apenas si empieza a ocupar algún sitio en el buen lenguaje epistolar. Dolámonos de esta ausencia. La intimidad del hogar y el corro de la genuina amistad han perdido sus más propios y fervorosos elementos de expresión. *Ustedes* : he ahí un vocativo frío, todo convencional, todo tercera persona... *Vosotros* : he ahí la vida misma de la pasión y la sinceridad.

Pero la verdadera mancha del lenguaje argentino es el voseo. La frase ríoplatense está como salpicada de viruelas con esa ignominiosa fealdad. Es de veras extraño que un pueblo tan hermosamente orgulloso de su personalidad como el nuestro haya venido a singularizarse con tan calamitoso rasgo. Porque, ¡ay!, es demasiado pintoresco el voseo argentino para fundar en él una satisfacción patriótica... Ese mazacote del pronombre *vos* entreverado con los enclíticos y posesivos del *tú* (*Cállate vos... Venite aquí con tu libro... A vos te hablo... Ite, que me incomodás...*) constituye de por sí un atentado contra la lógica. Ni habla bien el que piensa mal ni piensa bien el que mal habla. Hablar así es verdaderamente una caída en el caos. El pensamiento no puede salir incólume, a la postre. Dejar de hablar así es, al contrario, una adquisición luminosa. Bien lo sé yo. Cuando por el cariño de una venerada me-

moria yo adopté el *tú*, siendo todavía muchacho, sentí como que se aclaraba mi espíritu. Las ideas cobraban con esto solo una mayor cohesión. El pensamiento se fortalecía y se limpiaba. *Calláte vos... Venite aquí con tu libro... A vos te hablo... Ite, que me incomodás...*, vinieron a ser fórmulas insensatas, ya que para siempre inaguantables. Me avergonzaba de haber podido hablar así alguna vez, como hoy me avergüenza oír hablar de ese modo a mis compatriotas.

Cosa rara. Si por no caer en plebeya ruindad la gente culta de España hubo de rechazar el voseo, aquel voseo tan sonoro de los clásicos, ¿cómo es que hubimos de conservarlo en nuestra Argentina, mezclado a la más desatinada conjugación que se conozca? El nuestro fué pueblo pobre; pueblo de pastores en que hasta los amos tenían algo de pastor. Viejos nombres que ahora mismo damos a prendas nuevas del indumento denotan que las modas se demoraban mucho en llegar por aquí. Por eso llamamos media al calcetín, pollera a la falda, saco a la americana. El voseo—ese arcaísmo— es una antigualla parecida, que de puro pobres no supimos sustituir a tiempo.

Fuera de esto, ¿cómo hablaba en nuestra América Fernández de Oviedo, por ejemplo? Pues veréis: «Martín de Muza, dicho me han que os quejáis de mí e no *tenés razón*. Por vuestra vida,

que no *murmurés* de mí.» Donde vemos un *tenés* y un *murmurés* de todo punto ríoplatenses. Y peor que él hablaría de seguro la masa de los conquistadores. Por otra parte, podemos convencernos de que hay una época en que las formas singulares del *tú* y los plurales del *vos* se compenetran a causa de la coexistencia de ambos tratamientos. Hemos hallado, nada menos que en Covarrubias, este gazapo de conjugación: «Acomodándonos con el uso de la lengua latina, decimos tú al mismo Dios y Señor nuestro, diciendo: *Tú*, Señor, *aved* piedad de mí...» Esto por 1610.

Tuvimos todos los riesgos de la incultura y muy escasas defensas de la inteligencia. Añádase esta afirmación de Bello, cuyo leal españolismo no ha de ponerse en problema: «Y aunque sea ruboroso decirlo, es necesario confesar que en la generalidad de los habitantes de América no se encontraban cinco personas en el ciento que poseyesen gramaticalmente su propia lengua, y apenas una que la escribiese correctamente.» Cierto, cierto. Era América, para el pensamiento, como una inmensa zona negra, desde el estrecho de Magallanes hasta el último límite Norte. Y bien que pronto resplandecieran dos poderosos faros de civilización, honor de la Colonia (México y el Perú), era el resto un solo tenebro-

so desierto donde muy débilmente clareaba algún embrión de ciudad, y en el caserío, alguna primera escuela de frailes. De consiguiente, en todo lo negro del mapa se decía de *vos*, salvo en el Perú y México, donde, por la obra de una mayor cultura, se hablaba de *tú* por *tú*. ¡Y bien que era negra la extensión argentina, sin otras luces que aquellas, muy pocas, de la naciente Universidad de Córdoba! Casi en las vísperas de la revolución hubo, por fin, un Vértiz progresista en Buenos Aires. Y todavía quiso nuestro destino que recién iniciada la ímproba labor cultural de los prohombres de Mayo, obras y proyectos fuesen desbaratados por Rosas. Todo el Buenos Aires culto de 1810 decía de *tú*; todo Córdoba también. Mas, venido que fué el tirano, se retornó al voseo. Que también hubo de parecer el voseo una adecuada forma de adulación y bajeza federal. ¡Victoria oscura de la barbarie sobre la cobardía!

Después, ¿cómo ignorarlo? Aluviones humanos de Italia, de Rusia, o de regiones dialectales de la propia España, y gentes de todas las partes del mundo, engrosaron de pronto la población del país. En poco tiempo, muchas familias de esas pasaron de los rudos ajetreos de la pobreza y el trabajo a los tranquilos afanes de la prosperidad y el lujo. Mas si la bolsa creció tan

de súbito, no lograron tan rápidamente enriquecer el espíritu. Bien se echa de ver en su lenguaje, no siempre de irreprochable dicción ni de muy refinado léxico. El voseo tuvo así los prestigios de la gente acomodada; abuelos que lo aprendieron en la calle, dejáronlo en herencia a sus nietos, y de este modo, a los falaces resplandores del oro, vino a parecer de buen tono esa viruela del idioma como de nuevo la queremos llamar.

Però si el tal voseo puede llegar a parecer una graciosa extravagancia ni comporta una honra para el país, ni en modo alguno ha de tomársele como una enfermedad incurable. Y aquí diré con Bello que «la Gramática de una lengua es el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso que es el de la gente educada». Y pondré en apoyo sus propias razones: a saber: que «se prefiere este uso porque es el más uniforme en las varias provincias y pueblos que hablan una misma lengua, y por lo tanto, el que hace que más fácil y generalmente se entienda lo que se dice: al paso que las palabras y frases propias de la gente ignorante varían mucho de unos pueblos y provincias a otros, y no son fácilmente entendidas fuera de aquel estrecho recinto en que las usa el vulgar».

De esta suerte, no es ni ha sido nunca en la

Argentina, que el amo diga de vos porque se lo oiga al criado y al mozo de cuerda. A este respecto es falsísima la doctrina del pueblo soberano. Pasa todo lo contrario de lo que se cree. Podemos ser muy buenos republicanos y reconocerlo. Tengo el coraje de ir contra el más frecuente y respetado de los lugares comunes. *Es una gran mentira la soberanía del pueblo en las cosas del espíritu.* Otra soberanía no hay que la muy incontrarrestable de la inteligencia avizora. Hay que acabar con esa patraña de que el pueblo legisla en materia tan metafísica y abstracta como es la vida de un idioma. En nuestra Argentina, la chusma no ha querido otra cosa que formar una lengua: no ha podido. El espíritu está mucho más alerta y es mucho más poderoso de lo que nadie se imagina. ¿O es mera casualidad que Lebrija publique su *Arte de la lengua castellana* el mismo año del descubrimiento de América? Yo digo que no. Yo digo que el genio de un gran idioma vive positivamente despierto. Por lo demás la victoria del castellano es un triunfo visible del espíritu, desde el *Poema del Cid* a nuestros días. Allí nace, en el Poema, y Alfonso el Sabio, por sí y ante sí, le da preeminencia sobre todas las otras lenguas rivales. Bien se ha dicho de este rey: «E cuanto al lenguaje enderezóle él por sí.» ¿Y no hizo esto mis-

mo con la reforma ortográfica—*enderezarla ella por sí*—la Real Academia Española? ¿Y acaso vemos disminuir su autoridad? Yo no conozco sanción ninguna del ilustre Cuerpo que no acabe por ser consentida dentro y fuera de España. Obra todo de la inteligencia. Como fué obra de la inteligencia curar a Chile del horrible voseo. Y siempre así: siempre la inteligencia triunfadora sobre y contra el populacho.

El criado dice de *vos* porque se lo oye al amo, y dira de *tú* cuando al amo se lo oiga. La cultura comienza por los de arriba, se quiera o no. El día en que la mayoría de los hombres cultos se traten de *tú* en la Argentina (y ese día vendrá), el horrible voseo rioplatense no será sino una curiosidad del pasado y una ignominia más de los tiempos de Rosas.

Y tanto más breve será la evolución cuanto más decididamente quieran servirla los españoles de la Argentina, los cuales nos prestarían inapreciable favor, realizando de paso un acto de amor a España, con sólo hablar su idioma de la mejor manera. Pero escatiman el amor y regatean el servicio. Pues no han acabado de desembarcar en Buenos Aires, cuando ya se aplican al voseo, como si éste fuera su salvoconducto y pasaporte.

No. Que ni propios ni extraños, y menos aún

los hijos de España, rebajen o comprometan en la Argentina la inmensa riqueza espiritual del magnífico idioma. Probablemente ni todo el trigo, ni todo el maíz, ni toda la cebada, ni todo el algodón, ni todo el ganado, ni todos los minerales juntos de la Argentina, valgan para ella ni la décima parte de lo que vale su idioma : riqueza grande, riqueza espiritual, histórica y moral, como las mayores que en los siglos hayan aparejado las almas sobre la tierra.

III

De otra particularidad tengo que hacerme cargo, y es de ésta: la locución afirmativa *haber de...* se toma en un sentido dubitativo. El sentido de esta expresión verbal clarísima ha sido, pues, trastocado.

En efecto, cuando un argentino dice que *hubo de viajar* a Europa, quiere significar que habiendo estado a punto de hacerlo, no lo hizo. Tal el lenguaje corriente. *Haber de... esto o aquello* manifiesta, pues, en el cotidiano uso, un conato de acción; por eso siempre se añade la conjunción adversativa *pero* con que se expresa en qué consistió el impedimento. Nada más fuera de razón.

Mientras tanto, los mejores hablistas hispanos y nuestros más notables escritores, emplean dicha forma auxiliar del verbo haber, en un sentido completamente opuesto. *Hube de viajar a Europa* significa para ellos que el viaje se realizó; con esto de particular: que fué *necesario* ha-

cerlo. *Haber de hacer algo* es entonces como *tener que hacer*; denota siempre un hecho concluído.

He de ilustrarlo con algunas citas. Paúl Grousac, en su semblanza de Goyena (capítulo I) escribe: «... donde le mostré... el principio de un estudio sobre Espronceda, violenta erupción de romanticismo que *hubo de agradecer* a mi poco severo Aristarco, pues traducido y terminado a instancias suyas... apareció en la *Revista Argentina*. Se ve allí que al poco severo Aristarco le agradó de veras—como era lo justo—la página de tan admirable escritor. (*La Nación*, 2 de diciembre de 1916.)

Véanse ahora estos dos lugares de Lugones que tomo de la *Lluvia de fuego*, el patético cuento de *Las fuerzas extrañas*:

«Mis pájaros comenzaban a morir de sed, y *hube de bajar* hasta el aljibe... Bastóme levantar las trampillas de mosaico...» Por donde se advierte que la acción se concluyó. «De repente notamos una polvareda hacia el lado del desierto... Alguna partida que enviaban quizá en socorro los compatriotas de Adama o de Seboim, Pronto *hubimos de substituir* esta esperanza por un espectáculo tan desolador como peligroso. Era un tropel de leones...» Acción acabada, como está claro.

Citaré todavía dos renglones de Valle-In-

clán, traduciendo a Eça de Queiroz : «En la primera semana de noviembre comenzó a llover. El abad *hubo de suspender* sus visitas a la Ricosa». (*El crimen del padre Amaro.*)

He dicho arriba que los escritores más clásicos están de acuerdo en este empleo. Me bastará citar para probarlo a Quevedo, el más purista de todos, y al *Romancero del Cid*.

«Deme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir... En fin, los asadores estaban ocupados, y *hubimos de tomar* dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo...» (*Vida del Buscón*, capítulo VIII.)

«Y movido de compasión me apeé : y como él no podía sacar las calzas, *húbele yo de subir*, y espantóme lo que descubrí en el tocamiento.» (*Idem*, capítulo XII.)

El Romancero del Cid nos da un excelente ejemplo. Se notará cómo la expresión que se estudia, no sólo se refiere a acción concluída, sino que envuelve una idea de necesidad.

Otro día de mañana
cabalgan Sancho y Bellido...
Juntos van a ver la cerca,
solos a ver el postigo.

*Desde el rey lo ha rodeado
saliérase cabe el río,
do se hubo de apear
por necesidad que ha habido...*

Igual empleo hace, invariablemente, el general Mitre, y ello a mi ver cobra una importancia grande por cuanto se trata ya de la palabra de un historiador. Si toda palabra debe ser justa y precisa, con mayor causa ha de serlo la que construye la historia, que quiere ser la exactitud misma.

Tomaré dos ejemplos del capítulo XIV de la *Historia de San Martín*. Allí dice: «... tomaron la vanguardia y picaron la retirada de los realistas, sosteniendo un fuerte tiroteo; pero lo escabroso del terreno no permitía a la caballería maniobrar con ventaja, y su avance *hubo de ser* lento, de manera que sólo pudo llegar a la boca de la quebrada a eso de las diez de la mañana...» Y en otro sitio: «A pesar de esto hicieron tenaces esfuerzos..., pero no pudiendo salvar el perfil de la barranca... *hubieron de retroceder* en desorden. (Pags. 221 y 224, biblioteca de *La Nación*.) Huelga añadir—tan claro es el texto—que en ninguno de esos casos se trató de un conato de acción, ni hubiera habido para qué mencionarlo, sino de acciones concluídas.

IV

Bien. A poco que se analice dicha forma verbal resulta evidente su carácter de afirmación. El verbo haber, aunque los gramáticos no lo digan, es sustantivo por excelencia ; nada niega en él ; constituye una plenitud de ser ; comprende, en su infinita substancia, la totalidad de la vida. *Haber* refiérese a todo lo que el hombre es capaz de *tener* en su alma.

Por eso en francés *avoir* significa al propio tiempo *haber* y *tener*. Nuestro idioma, más rico en esto, le da a *tener* una envoltura material, un dominio de lo tangible. *Haber* preséntase más espiritual, más vago, casi inasible, con una íntima tendencia a la abstracción. *Haber* es más del alma que *tener*. Por esto mismo es más afirmativo, si cabe, que el otro ; pues las supremas realidades están corazón adentro, en nuestra más metafísica intimidad. ¿Cómo, entonces, sería el verbo *haber* un elemento de negación, o siquiera

de duda? *Haber*, repito, comprende la totalidad de la vida.

El otro verbo, complementario de la locución, es siempre un infinitivo, como se ha visto: hubo de *agradar*, hubo de *bajar*, hubimos de *substituir*, hube de *suspender*, húbele de *subir*. Y un infinitivo muestra también plenitud de acción, no circunscripta ni a persona, ni a espacio, ni a tiempo. ¿Podrá ser el infinitivo, entonces, el elemento de negación en la fórmula analizada?... Imposible, porque un verbo en infinitivo es como su propia designación lo enseña, una forma libre de vida, una pura idea, o sea una absoluta realidad.

La preposición *de*, mera partícula expletiva, no puede, a su vez, variar la esencia verbal de la expresión. Casi diré que si allí figura, está sólo por una razón de eufonía. No indica, como sucede con *por*, un camino, un medio para llegar... *Hube de ir* o *hube de hablar* son locuciones que en nada se parecen a *estuve por ir* o a *estuve por hablar*. La preposición *de* apareja idea de pertenencia, y nada más.

Con todo, sabemos que no es lo mismo decir: Fulano debe saber la noticia, que Fulano debe *de* saberla. En el primer caso se manifiesta seguridad, en el segundo dubitación; pero, bien visto, no se llega nunca a negar.

BABEL Y EL CASTELLANO

De apareja idea de pertenencia, he dicho, y así acontece con la propia expresión de que me ocupo. *Haber de estudiar*, por ejemplo, vale lo mismo que *tener de estudiar*. El *estudiar* se incorpora así, mediante la preposición, al verbo haber. Este verbo abstracto y metafísico, según dije, se colma así de la vida particular representada por los otros.

Finalmente, basta ensayar esta forma en cualquier otro tiempo para convencerse de su función verdadera. *Habré de morir*, aun en el uso corriente, no indica, por cierto, un conato sino un acontecimiento fatal. Aquel que recibe una mala nueva exclama: ¡Así *había de ser* mi suerte! Y no niega ni duda, sino que afirma la evidencia de su desdicha. El que nos dice: *He de escribir* un libro, nos comunica a su vez determinación segura. No hay razón, por lo tanto, para que sólo en aquel pretérito examinado, el verbo haber pierda su natural eficacia.

V

Y ahora un poco de trascendentalismo. Nuestro pueblo recibió de los conquistadores una locución afirmativa. *Hubimos de cruzar el mar*, decían ellos, y era que lo habían cruzado. *Hubimos de pelear y vencer*, y era que habían peleado y vencido. El verbo haber cobraba en su lenguaje una fuerza de certidumbre heroica. Mal ha hecho el argentino, contagiado por el andaluz, de aminorar esta herencia, de atenuar este verbo excelente, de dudar o negar con aquello mismo que su antecesor afirmaba. Tal evolución me halaga poco, pues denuncia en cierto modo un correlativo proceso espiritual que a buen seguro acusa decadencia. Una expresión que afirma vale mucho, puesto que puede volverse hecho completo, realización consumada. Nótese que nuestra alma está primero en las palabras que en las cosas.

Sustantivo, adjetivo y verbo: he ahí todo el idioma y también toda la vida. Lo demás es me-

ramente expletivo. Nada hay en consecuencia, ya en el mundo real, ya en el lenguaje, fuera de las cosas, sus cualidades y su manera de obrar ; siendo de notar que el mundo y el lenguaje forman una sola entidad. El mundo en lo exterior de nosotros consiste en cosas ; en lo interior, en palabras. El verbo, decían los gnósticos con harta razón, es la realidad suprema.

Hombres y pueblos serios cuidaron siempre sus palabras, las hicieron firmes, claras y pulcras, como quien se da cuenta de que el alma se manifiesta por medio del idioma. Cuidando las palabras, cuidaban el espíritu. Hay en esto una íntima verdad. No es posible decir palabras bellas sin tener un alma bella, ni palabras santas sin tener un alma santa. Que haya, sin embargo, quienes lo hagan por obra artificiosa, significa bien poco ; luego no más se ve que la palabra de éstos no es duradera, ni tiene resonancia, ni prende en otro corazón, ni crea nada.

Atender al idioma es asimismo el modo más directo de atender a cada pensamiento. Una palabra clara revela un pensamiento claro. Me explico por qué Demóstenes, ceceoso como es fama, corrigió su mal. Fué trabajo exclusivo de su mente ; cada idea es un alma y la palabra su envoltura ; y como cada sér concluye por dar con el organismo que mejor le conviene, la idea de-

BABEL Y EL CASTELLANO

mosteniana obtuvo un día, por su limpidez y justeza, palabra límpida y justa, arrebatadora y deleitosa.

Ahora bien, ¿dónde sino en el verbo radica lo más esencial de la vida? Pues sustantivos y adjetivos, bien mirado, no son sino aspectos del verbo. Quitándolo se borra el universo. Las cosas y su apariencia presuponen creación, que es ya verbo. El universo entero es un absoluto verbo Ser.

De ahí que en los idiomas lo capital esté en el verbo. De él depende el tiempo, todos los tiempos, hasta las más lejanas abstracciones. La onomatopeya primitivamente fué la imitación del verbo de los elementos. Un río al correr conjuga su propio verbo. Lo mismo digo del viento, del trueno, de las resacas del mar. Y he citado ex profeso la onomatopeya, porque ésta, siendo armonía imitativa, constituye el verdadero lenguaje universal. El canto de los pájaros es también onomatopéyico. Estos divinos cantores pertenecen, según su clase, a una o a otra escuela. Y en el bosque hay muchas...

Dimámoslo siempre. En las palabras, más que en las mismas armas, radica la fuerza verdadera del hombre.

IX. LOS SEFARDIES

Aun trasoigo el peregrino eco de aquellas dulces melodías.

(Palabras de un sefardí en *Españoles* •
sin Patria.)

I

¿Cómo no ha de ser deseado, entre lo que más se anhela, la pureza del habla general y la comunicación de unas y otras naciones hispánicas mediante la difusión del libro de lengua española, si grandes son por muchas y variadísimas tierras, nuestros intereses espirituales, y todavía anda dispersa o se acabará de dispersar, si nada se hiciere, buena parte de la común familia?

Pues también por el Oriente, en ciudades y aldeas de la Turquía y del Asia Menor, pueblos numerosos hablan en castellano: un castellano viejo, algo marchito, hecho todo de recuerdos y de nostalgias; castellano un poco taciturno que es solamente un melancólico eco. Hablo de los *sefardim* o sefardíes: judíos descendientes de aquellos leales creyentes que arrojara de España el terrible edicto de los Reyes Católicos. Son los hijos de *Sephard* o *Sefarad*, como se llama en España en lengua hebrea. Abundan por todo ese

Oriente del viejo Mediterráneo los israelitas españoles. Pero los hay por todas parte. Los hay en Hungría, particularmente en Zimony. Los hay en Belgrado, en cuyas tiendas se comercia en castellano. Los hay en Turquía, por la Rumelia, por la Macedonia ; no menos de sesenta mil son los que cuenta Salónica. Los hay en Bulgaria, en Grecia, en la costa asiática. Pasan de cuarenta mil los sefardíes de Esmirna. Los hay en Serbia, en Rumania, en Bosnia ; en Sarajevo, en Viena ; en barriadas enteras en Bucarest. Los hay en Italia ; los hay en Francia : algunos en París, muchos en Bayona y Biarritz. Los hay en Bélgica, en Holanda, en Gibraltar. Los hay en Africa, desde Marruecos hasta El Cairo y / Alejandría. No son pocos. En veinticuatro mil se ha calculado moderadamente el número de familias hebreas que fueron expulsadas de su patria española.

Hemos hablado de los sefardíes de Europa y del Oriente. Nos faltaría referirnos a los de ambas Américas, que se cuentan por millares, desde nuestra Buenos Aires hasta Nueva York... Pero ya urge decir que fué el doctor don Angel Pulido Fernández, senador español de claros ideales, el que se enamoró, a principios del siglo, de la venturosa idea de una reconciliación entre españoles y sefardíes, o si mejor se quiere,

BABEL Y EL CASTELLANO

entre españoles de la iglesia y de la sinagoga. Tan sinceramente lo quería, que no temió sarcasmos ni calumnias; ni aun siquiera la miserranda especie, fatal en su caso, de que el oro judío pagaba su pluma. Fruto de su extraordinaria labor han quedado innumerables artículos y un libro principal: *Españoles sin Patria*, que señalará siempre una época en la materia. A este respecto, cuenta España además con un libro fervoroso: *Las luminarias de Hanukah*. Lo compuso, entre reminiscencias recónditas de la raza, el muy notable escritor madrileño R. Cansinos Assens. Son páginas de una delicada pureza. Novela llama Cansinos a su libro, pero más que novela es poema; dilatado poema en que se refiere un vago dolor de acaso arrepentidos conversos. He aquí los títulos de sus cuatro partes: «La voz de los abuelos»... «Un caudillo de Israel»... «La casa de Jehová...» «La pascua de las razas»... Total, un poema, y en sus cuatro partes una tristeza de salmos que por momentos quiere ser canción.

Bien nos muestra el religioso libro de Cansinos Assens el alma de los sefardíes y luego comprendemos en toda su nostalgia este suspiro del desterrado que piensa en sus abuelos: *Aun tras-oigo el peregrino eco de aquellas dulces melodías*. El castellano ha quedado prendido a sus almas

como una inolvidable música. Trasoyen viejas voces castellanas y trasueñan entre casi desvanecidas memorias. «El español era la única herencia de nuestros padres», ha escrito una joven sefardita de Constantinopla, cuyo testimonio recoge el doctor Pulido. «Era la única herencia; la conservamos porque era magnífica.» El castellano es para ellos una reliquia salvada entre queridas ruinas. No fué más piadoso Eneas conduciendo a sus dioses troyanos, que lo fueron los sefardíes a través de los siglos, guardando el idioma de sus mayores. ¡Qué mucho, si cuando hablaban de España no la llamaban de otro modo que la segunda Sión! La llaman ahora mismo así. No hay cosa de España que no les quede cerca del alma. El sefardí de Buenos Aires respira castellano en las calles; no le basta. Necesita el acento rancio de España. El es aquel que nunca falta a los teatros españoles; va buscando coplas del pueblo o versos del Siglo de Oro. Bejarano, un ilustre sefardí de Bucarest, escribe: «Yo sería el más infeliz hombre si muriese sin ver el suelo de mis antepasados.» Parecería que los únicos antepasados de un sefardí fueran los que vivieron en Córdoba o en Toledo. Los de la Palestina no existen para ellos; los otros fueron como nómadas sin nombre. Su memoria da en la oscuridad y en el vacío... Si no la génesis,

BABEL Y EL CASTELLANO

la historia comienza en España, para este hijo de Israel. ¿La historia? La historia tampoco. La historia comienza en la Tierra Prometida; viene de los desiertos; sigue por las Persias y las Babilonias de los cautiverios y las persecuciones; se hace clamor en Josefo bajo el romano brutal; se disemina luego por los caminos de un éxodo sin rumbo. No. La historia no comienza en España. Allí comienza algo mucho más dulce de contar; mucho más grato de saber: la crónica, entre nombres familiares y fechas conocidas; la crónica, que bien aderezada, por un agudo rabí, a la luz de los velones, por fiesta de Purim, es todo el aroma, todo el aroma y toda la intimidad de la vida.

Nos explicamos pronto así que un profesor de Esmirna llame a España «dulce y tierna como una *mañanada* de primavera» y entendemos al punto esa fidelidad con que declara: «Ansi lo topí (lo topé, lo hallé) hasta aora; ansi espero toparlo hasta el fin de mis días.»

No es mucho tampoco que numerosos sefardíes propongan para el día de la Palestina autónoma el idioma castellano por lengua oficial... En todas estas manifestaciones habla siempre la misma añoranza: la añoranza de la España perdida. Será que el alma judía es soledosa como ningun-

ARTURO CAPDEVILA

na... Ello es que el pueblo de las muchas ruinas y de las muchas tinieblas y de los muchos éxodos, llora hoy todavía, después de cuatro centurias, sobre las siete apagadas luminarias de la palabra *Sefarad*...

II

Para comprender esta tragedia judía y esa su devoción por las viejas cosas españolas, hay que recordar cómo es cierto que España hubo de ser para el hebreo una verdadera Sión. No fué demasía que los hebreos de España llegaran a creerse descendientes directos del rey David, ni que los israelitas del mundo entero acabasen por rendirse a la fama. Sábese que ya en tiempos del imperio romano eran numerosos los hebreos en Granada, en Córdoba, Tarragona, Zaragoza, y que no lo pasaban mal. En la primera época del cristianismo véseles cumplir funciones sacerdotales entre la grey de Cristo. Bendecían los campos, consagraban las cosechas. Con la era gótica, alcanzan, aunque no duraderamente, el pleno goce de la libertad civil y política. Aun en períodos de persecución, los señores se les muestran adictos, siquiera sea por interés. Horrible es el

celo de algunos obispos fanáticos, pero son innumerables los recursos del judío.

Fué muy luego, con los árabes, cuando empezó la perfecta dicha del israelita español. Vieron florecer, mezclados a los musulmanes, el comercio y las industrias, la agricultura y las artes, la ciencia y las letras. No hubo, ni en tiempos de Salomón, más ricos, o más prósperos, o más lujosos, o más elegantes, o más refinados judíos que los de Córdoba. No hubo tampoco nunca quienes los sobrepasasen, ni en artes ni en ciencias. Se ganaban la confianza de los magnates y la admiración de los pueblos. Eran médicos, matemáticos, literatos, filósofos, diplomáticos, poetas, músicos, doctores. Son tan felices los tiempos, que el oído del hebreo se regala con mil lisonjas. Para que nada le falte, la historia de sus triunfos se embellece de leyendas.

Desde todas las juderías míraseles como a los escogidos de Jehová. Debe ser cierto que descenden en línea directa del rey David. Al menos, Jehová los conduce por campos de perpetuo maná.

Pronto los rabinos de España dan gloria a la raza. Del exceso de la felicidad nace la ciencia talmúdica. Bien se le llamaría la hija de la abundancia. De este propio exceso nace igualmente la gramática. La exégesis resplandece. Cultívanse

todas las formas exegéticas: desde la alegórica hasta la cabalística, pasando por la gramatical y la ética. Se versifica. Se canta. Se viaja. Italia, el Africa, el Levante, son los rumbos preferidos. Hay quienes llegan, fastuosos siempre, al mediodía de Francia o a Londres. Muchos peregrinan a Tierra Santa. Se forma entonces, como enseña Teodoro Reinach, la literatura de los viajes.

¿Qué más? El fraccionamiento del califato de Córdoba sólo trajo la multiplicación de estos bienes para los hijos de Israel. El favor oficial los acompañaba en unos y otros reinos. Y nótese que otro tanto acaecía con ellos en los reinos cristianos, pues a la dureza del código visigótico sucedieron tiempos de tolerancia y de perfecta igualdad. En todo caso, el rayo de la persecución, aunque siempre mortífero, caía muy de tarde en tarde. España era la nueva Palestina.

Sólo al tiempo de los Almohades el islamismo se vuelve feroz. Judíos y cristianos sufren una misma persecución implacable. Comienza entonces la emigración de unos y otros a los reinos donde impera la Cruz. Una alianza perfecta, sagrada, se estipula de hecho entre ambas religiones bíblicas. Si Alfonso VI es generoso y hospitalario, larga es la liberalidad de los judíos que acuden con hombres y con caudales a la guerra contra el moro. Toledo vale ahora lo que Cór-

do. En todas las juderías, donde se sufre y se llora, por esas juderías de Alemania, de Francia, de los Países Bajos, síguese viendo en el israelita de España el preferido de Jehová, el descendiente directo del rey David.

Los tiempos van a cambiar. Ya se les acusa, ya se les amenaza. Sin embargo, se les teme, y todavía hay reyes en Castilla que los toman por tesoreros.

Sortearán los obstáculos. Es posible que se embezale el fanatismo en España; pero será como en una racha que pasa. Matanzas de Sevilla o de Palma de Mallorca deben de ser pasajeras... Jehová no dejará de velar por los escogidos. De este modo, si la caída de Granada y el contemporáneo anhelo de una perfecta unidad religiosa amagan traer la ruina de los hebreos de España, ni se olvida que ellos cooperaron a la derrota del moro, ni se ignora que todavía son muchos los hijos de Israel que disfrutan el favor y la amistad de príncipes y de nobles.

Cuando en las juderías se supo que la catástrofe se había consumado y que los ricos españoles de ayer vagaban ya sin patria, en miserables caravanas, de ancianos y jóvenes, de niños y de grandes, de púerperas y mujeres encinta, de sanos y enfermos, arrojados todos sin dilación, lo mismo el viejo que el niño de pecho, al ham-

BABEL Y EL CASTELLANO

bre, a la nada, a la muerte, no se quiso creer... Sin embargo, era cierto. Debieron malbaratar su hacienda y partir. Hay testigo que dice haber visto dar un casa por un asno y una viña por un poco de lienzo. El día se les iba en malvender sus bienes o en llorar y clamar en los cementerios besando la tierra de las paternas sepulturas. Hasta que hubieron de partir, irremisiblemente sin patria y sin tumbas.

Cuatro siglos han pasado y va corriendo el quinto. Pero hoy todavía los sefardíes no lo pueden creer : lo saben y no lo creen.

Así, como si nada hubiera acontecido, no dando a la historia de su dolor más crédito que a las sombras de un sueño, tienen puesto aún el corazón en España. El edicto espantoso no ha podido nada contra el fosilizado recuerdo de su felicidad.

X. EL ROMANCERO SEFARDÍ

*¡Estos cantos tan dulces de la patria
de otros tiempos!*

(Palabras de un escritor sefardí.)

I

El estupor cae fuera del tiempo. Si el éxtasis comporta la unión interior del alma con Dios en la contemplación y en el amor, el estupor es la unión del alma con el Hado, en el enajenamiento del dolor y del miedo. Son dos estados preternaturales del alma atónita. En el estupor, la conciencia estupefacta queda atada a su signo fatal. El tiempo y el espacio se reducen a dos sombras. Se anda, se va, se vuelve, pasan muchas y nuevas cosas ; pero todo como en sueños, como si lo hiciera otro. El pasado se torna presente ; un presente diuturno, imperecedero. Toda otra vida que no sea la del pasado parecerá una historia ajena. En el estupor, la única verdad, toda la verdad del mundo, quedó atrás, no perdida, sino fija para siempre. Lo demás, el verdadero presente, es un puro trasoír. un vano trasoñar. Se diría que en ese enajenamiento vive el sefardita, desde la hora del edicto espantoso, y se explica-

ría así que a lo largo de cuatro siglos de una incomunicación total no haya podido olvidar las melodías del castellano; esa que él llama lengua ladina en un arcaísmo que se creyera doblado de maliciosa ironía.

No saben olvidar el castellano, los sefardíes, bien que ya no les importe, como en el tiempo de oro, la elegancia de las formas, la gracia del buen decir, el arte de las palabras exquisitas. Si hásta hay entre ellos quienes ignoran qué lengua hablan...

El doctor Pulido, en su libro *Españoles sin patria*, recoge este diálogo entre Max Nordau y unos hebreos españoles de cualquier judería del Oriente:

—¿Dónde están los sellos?—pregunta la tendera a su marido.

Max Nordau, asombrado de oír castellano, exclama:

—¡Qué! ¿Habla usted español?

—No, señor—responde ella—; hablo chudeo.

Pero en este punto interviene el marido:

—Esta mujer no *está* culta, y no sabe lo que habla; si lo supiese diría que habla español.

A tales extremos de ya inconsciente jerga ha llegado en el Oriente el gran idioma de Castilla.

Mas no se debe inferir, como lo hizo Max Nordau, ante esa u otra parecida muestra de aban-

dono y letargo, que el patrimonio de la lengua española se limite ahora a un escaso repertorio de, cuando mucho, cuatrocientos vocablos desfigurados, vacilantes y torpes.

De averiguaciones recientes resulta que la base lingüística española es todavía muy grande en el judeo español ; al punto que los actuales diccionarios sefardíes registran hasta diez mil voces castellanadas.

Por ejemplo, el judeo-español o lengua ladina de Constantinopla, ha sido recientemente estudiado por el profesor L. M. Wagner ; sólo que su libro está en alemán y fué publicado en Viena.

Catorce cuentos y una conversación de la calle constituyen su notable material. Tan notable, que muchos han debido ser los comentarios peninsulares del libro vienés ; merced a los cuales y particularmente al detenido análisis crítico del doctor Yahuda (*Revista de Filología*, tomo II) podemos ahora ampliar el acervo de nuestros conocimientos, nada largos hasta el presente, sobre las cosas sefarditas.

Pero hablan, en general, los judíos españoles del Oriente un castellano no muy distinto del que escriben : un castellano infantil, como de niños extranjeros, de vocales inciertas en que la *e* suele ser *i*, o en que la *u* se trueca en *au* ; a causa—ya se comprenderá—de la escritura rabínica en

que tan pocas grafías se concede a las vocales. Y todo esto sobre un fondo de fonética oriental, a cuyo influjo se bastardea el acento de muchas consonantes. Acaso con más frecuencia de lo que imaginamos, hemos oído hablar a los sefardíes, sin adivinar quiénes eran. Si nos sorprendió la fluidez y a las veces el dejo arcaico de la frase, rechazamos cualquier sospecha de fraternidad romance, por la dureza turca o la aspereza búlgara de la pronunciación, acabando de desorientarnos este o aquel galicismo, este o aquel italianismo flagrante. Eran, sin embargo, *españoles sin patria...*

En otras ocasiones hubieron de parecernos árabes hablando castellano. En la aspiración de las *jotas* y de las *haches*, sentíamos el viento del desierto: tan oriental se ha vuelto allí nuestro idioma, bañado de continuo en las corrientes de los viejos idiomas de la Biblia y del Corán. En todo caso, durante cuatro siglos de aislamiento, de confinamiento verbal, entre ulemas de Turquía o drusos del páramo, hay tiempo suficiente para que una lengua se empantane y corrompa.

A Dios gracias no ha sido así en excesiva proporción.

Asombroso es, en realidad, que *cienes de años después*, para decirlo en ladino, se conserve relativamente tan pura la lengua de España, *el ha-*

bla dolci espanola, como a la espera de un resurgimiento. No le mintió a Pulido el que dijo: «Nosotros israelitas espanolis nos gustamos mucho quando topamos ocasión di poder hablar nuestra lingua.»

Así la escriben, así la hablan, con no sabemos qué inocencia de niños. Un alma dulce, tibia, se revela en expresiones de un raro pergeño, de un español tan infantil como arcaico, en que al encanto de la vieja construcción se añade el de la pureza de los sentimientos expuestos; como, por ejemplo, en esta frase de recién casado, enderezada a disculpar con la luna de miel la tardanza en responder a la carta de un amigo: «*Del día de mi boda estoy abolando con mi palomba...*»

✓ Pero la nota típica es el arcaísmo. Hay palabras de este judeo-español, que, a manera de caracoles marinos, apenas puestas al oído rebosan de una música de lejanos, de lejanísimos, de casi perdidos murmullos. Hasta los neologismos son derivaciones arcaicas. Se ha observado así que dicen, verbigracia, *escuchamiento* por juzgamiento o juicio. No es sino un caso entre millares. Siempre y por todo miran al pasado los sefardíes. En su propia escritura se ve. Si salieron de España empleando caracteres latinos y escribiendo el castellano, como es justo, de izquierda a derecha, pronto en el Oriente lo empezaron a es-

cribir de derecha a izquierda y en caracteres rabínicos ; tal como quien desanda camino. Imposible no pensar en aquellos tan hermosos versos de Longfellow al cementerio judío de Newport, traducidos de mano maestra por nuestro poeta Héctor Pedro Blomberg :

*Y leían así, siglo tras siglo,
—como si fuera un manuscrito hebraico,
siempre a la inversa—el Libro de la Vida
hasta que fué Leyenda de los Muertos.*

II

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, el sefardí no consigue sustraerse a las seducciones de Italia y de Francia. El peligro no reside ya en las viejas lenguas de Levante sino en las nuevas de Europa. Debe saberse que en muchas zonas la lengua que hoy todavía llamamos judeo-española pudiera ir llamándose judeo-francesa. Nula es la acción hispánica en aquellas tierras casi españolas, como no se cuente esa inteligentísima (sí, pero aislada), esa inteligentísima y nobilísima y muy tesonera campaña de *La Revista de la Raza*, más ibero-africana, por desgracia, que ibero-sefardí. Con todo, es admirable la obra de su director D. Manuel L. Ortega, y lo rodean infatigables colaboradores. Verbigracia: Don José M. Estrugo, destacado hispanófilo de Constantinopla.

Incesante y perfectamente coordinada es, en cambio, la acción francesa, gracias sobre todo a

la sistemática penetración de la Alliance Israélite Universelle, que tan luego abre bibliotecas y funda asilos como instala escuelas y colegios en que el francés va desplazando al ladino.

Sólo quedan, en puridad, para defender el patrimonio castizo, unos pocos sefardíes a quienes suele llamarse arcaizantes, bien que esta vez arcaizar sea precisamente mirar por el futuro; pues para el sefardita salvar el castellano es vincularse, por mediación de España, con nuestra grande América del porvenir. Lo cual tarde o temprano tendrá que convenirles, y mucho. Estos pocos sefardíes arcaizantes son los que defienden la vieja lengua; y con ellos la defienden también, las madres, las hermanas, las novias. Si la calle va siendo de Francia, la casa pertenece todavía a España. La casa y el corazón.

A España pertenece todavía hoy el corazón sefardí. En las familias se conserva la fiel tradición de los linajes, entre apellidos que no son otros que *Miranda*, *Benavente*, *Calderón*, *Albuquerque*, *Saavedra*. Templos hubo y hay que se llaman de Zaragoza, de Toledo, de Castilla; cuyos rabinos predicán castellano antiguo. Ninguna familia olvida su prosapia española; en ello ponen la poesía y la honra del hogar. Cada uno sabe bien de dónde vinieron sus abuelos, si de Granada, si de Sevilla. Hasta parece que pro-

BABEL Y EL CASTELLANO

nuncian el castellano de una u otra manera, según de donde vinieron. ¡Más no se puede amar!

También los niños sefardíes pertenecen a España. En las calles de Constantinopla, cogidos de la mano, cantan versos de los romances. Estos, que traslado abajo, son los que, según Jañuda, cantaban unos rapaces de Stambul, remedando la manera zaragozana de ciertos vecinos, a quienes querían burlar:

*A un saragosano
le dió la jane,
y subió a la mesjite
y abrió la bujite
para cantar una cantique ;
le modrió una musjite,
s'arrabrió el saragosano
y abasó de la mesjite.*

¿Y ese son de pandero? ¿Y ese aire de mala-gueña? Es alguna moza hebrea que canta. Que canta un romance viejo.

*Una vieja de Madrid
combate que combatía...*

De esta suerte, cuando en Constantinopla o Salónica desembarca de excursión gente de habla

castellana — españoles, hispanoamericanos, filipinos—acaso tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. En las tiendas de libros y en los puestos de periódicos abundan las páginas en lengua de Castilla. Nadie juzgue por las grafías rabínicas ni porque venga la escritura de derecha a izquierda. Castellano es. Y bien fácil hallar en tales boticas estudios talmúdicos en cuya portada se lea la recomendación de la obra, por ejemplo en estos términos: *Estampada en letra hermosa y ladinada muy bien, según el uso de nuestra sidad, y cumplida en todo.*

En cuanto al librero, ¿para que pararse a escucharlo? ¿Cómo figurarse que ese hombre del Talmud hable con las palabras mismas del siglo xv español? Los viajeros continúan su camino, y es lo cierto, empero, que esos hombres de la Biblia, esos de los ojos siempre nostálgicos, los llamarían hermanos...

III

Con absorta memoria repiten hoy, repetirán de aquí a cien años, romances de la Edad Media, en que bajo apariencia singular lloran la desdicha de todos los perseguidos, de toda la triste recua... De veras, por el yermo de estos pálidos versos, pasa solitaria, patética, la sombra sin fin de los desterrados :

*Irme quiero por estos campos,
por estos campos me iré ,
y las yerbas de los campos
por pan las comiré ;
lágrimas de los mis ojos
por agua las beberé ;
con uñas de los mis dedos
los campos los cavaré ;
con sangre de las mis venas
los campos los arregaré...*

Pasó el sollozo...

Pensemos ahora en esos niños de ojos maravillosos, de alma ilusa y viajera, escuchando de pie, con el espíritu en lo remoto de los siglos, la canción española de la madre que día a día canta :

*Lloran condes, lloran duques,
lloraba la frailecía ;
ya lloraba el Padre Santo
por el conde de Sevilla ;
siete días con sus noches,
y el conde no parecía.*

Y la madre y el hijo, y la abuela y el nieto no tienen otro horizonte, en la larga hora de la evocación, que una Sevilla fantástica, una Córdoba imposible, una Granada que nunca más será.

*—Gian Lorenzo, Gian Lorenzo,
¿quién te hiso tanto mal?
—Por tener mujer hermosa
el rey me quiere matar.*

Revive así cotidianamente la historia...

Mas pensemos también en esos mozos que en las noches de primavera, bajo unos cielos rutilantes de *estrellería*, cantan y aman en español :

BABEL Y EL CASTELLANO

*Noche buena, noche buena...
noches son de enamorar.*

Enamoran y se enamoran cantando versos de España. ¡Son tantos y tan dulces! Los hay para cada ocasión del año o del alma. ¿Cómo recibir a la primavera sino con este romance?

*Salir quiere el mes de marzo,
entrar quiere el mes de abril...*

Entretanto, la niña, que ya se embriaga ante el reclamo, puede levantarse cantando:

*Yo me levantara un lunes,
un lunes antes de albor.
Hallé mi puerta ramada
de rosas y nuevo amor.*

Puede también cantar, si lo quiere, como la Esposa del *Cántico de los cánticos*, cuando el amigo tocaba a su puerta, húmedos los cabellos del rocío de la noche:

*Abrir ya vos abro,
mi lindo amor;
que la noche no durmo
de pensar en vos.*

ARTURO CAPDEVILA

Mañana, cuando se case, todos le dirán en ese mismo castellano que no se olvida :

—Dicha y buena suerte tengas...

Quien no lo diga en ladino, haga de cuenta que no dió parabienes.

IV

Si ya, por la gracia y virtud del común idioma, llegamos a sentirnos de algún modo parientes de estos lejanos sefardíes, seguro es que por el poder de unas mismas canciones de infancia sentiremos que una sola es la gran familia. Niños hay del Oriente que en los jardines primaverales, al caer la tarde, cantan las mismas canciones que nosotros cantábamos en la niñez, pues los niños de España y de la América española no han dejado de cantar :

*—Aquí me manda el buen rey,
de las hijas que tenéis
la más bella que me déis.*

A lo que responden los niños sefardíes como nosotros respondíamos, o aproximadamente :

*Ni las tengo ni las doy,
ni vos me las mantenéis ;
con el pan que yo comiere
comerán ellas también.*

ARTURO CAPDEVILA

Palabras sin duda enigmáticas, de las que sólo a la infancia pueden dejar satisfecha, que el caballero contesta como si las hubiera entendido :

*Tan alegre que yo iba
tan afligido me iré.
A la hija del rey moro
no me la dan por mujer.*

Pero ya lo llaman :

*Tornad, tornad, caballero,
escoged cuala queréis...*

En los veranos, por callejas de Constantinopla, al volver una esquina, podemos oír de pronto canción de cuna. Es madre sefardí que arrulla :

*Duérmete, mi blanca niña,
Duérmete, mi blanca flor.*

Si por ventura la que canta es la abuela oiremos quizás estos otros versos, en que de paso observamos un interesante ejemplo oriental del verso popular argentino :

—¿*Ke buskas, mi madri, i vos por akí?*
—*Busku yo al mi fizu, mi fizu Avraam.*

Y si acaso nos anochece en la judería, oïremos aún esta cantinela de mendigo :

*Ojos tienen y no ven,
orejas tienen y no oyen,
manos tienen y no dan...*

Extraño mendigo que pordioseaba bajo sus harapos, entre profeta del Viejo Testamento y limosnero de novela picaresca.

Ahora sepámoslo todo ; conozcamos el hogar del sefardí.

He ahí una anciana que está contando cuentos, *konsezas* como los llama queriendo decir consejas. Son cuentos orientales ; su asunto es oriental ; su atmósfera, oriental ; su psicología, oriental ; pero su idioma, el castellano viejo.

¿*Erase que se era*? No ; no comienza así. Comienza de este otro modo sabrosísimo :

—*Había de ser... Y en estas montañas tenía qu'aver una muchacha que es la hermosura del mundo...*

—¿Y qué más?

—*Y una hiza está casada, la otra es aún da manseva e da espasio verla.*

Ha pasado una hora : ¡ se acabó la *konseza* !

Fin :

—*Y ellos tengan bien y mosotros también.*

Pero llega el invierno, y en las veladas de invierno abre la Biblia el anciano patriarcal, la vieja Biblia, impresa hace siglos en Holanda. Es una Biblia española de un castellano solemne. Ya la abre al azar el anciano. ¿Qué va a leer? No se dude. Serán fúnebres palabras de un eco elegíaco.

Ya lee el buen anciano la palabra santa :

—*Dijo Jeremías a Israel: Tajar los tajaré, no como las uvas de la vid que se cogen pocas a pocas, ni como los higos de la higuera que se cogen uno a uno, sino todos juntos. Fruta y hoja será arrastrada, rehollada y perdida.*

Así dice la palabra santa, la palabra terrible. Todos inclinan la cabeza. Ellos son las uvas de la vid y los higos de la higuera y las hojas reholladas.

Largo es el invierno. Ha caído mucha nieve. Ahora silba el viento. Se filtra por las rendijas el viento que silba. Se cuele helado el espectro de la nieve. Pero más lúgubre que ese viento del invierno en la noche es el clamor de Israel a Jehová. Ya lee el anciano en la vieja Biblia, impresa hace siglos en Holanda, en un castellano solemne y trágico :

—*Alexástete de nos por nuestros delitos... erramos como ovejas... y desperdémonos...*

El castellano está siempre con ellos, hasta en la más judaica de las festividades, hasta cuando suspiran por Jerusalén; como en la canción llamada del peregrino:

*A Yerusalain, ciudad estimada,
serralos y mulkes (1) y vicios dejaba,*

sueño de mis ojos de mí se tiraba.

*A Yerusalain, la ida sin vuelta,
parece a la gente que es a la vuelta.*

Sabedlo, que es una gran revuelta.

¿Y España? ¿No es también una gran revuelta? Clamor grande, clamor de cuatro siglos hay en la canción que dice:

*Perdimos la bella Sión,
perdimos también a España,
nido de consolación.*

A lo que respondemos con el alma:

—Pero América es vuestra ¡oh sefardíes! Los

(1) Inmuebles. Así lo ponen Menéndez y Pelayo, en el tomo X de los *Poetas líricos*, y Rodolfo Gil en su *Romancero judeo español*. Tales autores, *La Revista de la Raza* y el doctor Pulido han sido mis fuentes principales.

mismos reyes que os arrojaban de sus dominios os aparejaban la tierra de la libertad. Mirad también hacia España. Cansinos Assens os ha mostrado en las antiguas sinagogas de España las nuevamente encendidas luminarias de Hanukkah...

XI. EN MANILA SE HA PUESTO
EL SOL

*¡Oh, España valerosa!
Mira en los orientales escuadrones
de la India, el Malabar, Japón y China
tremolar victoriosos los pendones,
y que el agua espumosa y cristalina
del Indo y Ganges tus caballos beben...*

BERNARDO DE VALBUENA.

I

Confieso haber leído con simpatía grande el tomo cuadragésimo séptimo de la colección *España* que en el año de 1887 publicara en Barcelona el establecimiento tipográfico de Daniel Cortezo y Compañía, destinado a la historia, geografía y monumentos de las últimas posesiones ultramarinas de la madre patria : Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas.

Con un mapamundi a la vista la cosa es formidable. ¡Qué águila aquélla cuyas alas se extendían así, tocando con la una en las Antillas ; con la otra en el mar de la China ! Siendo argentino, imposible no leer con entusiasmo empujador el relato de tanta generosa epopeya. Comprendemos que esas mismas cosas no se volverán a realizar, pero asimismo comprendemos que otras equivalentes piden por todo el planeta almas resueltas y listas. Nosotros, por lo menos, queremos ser un pueblo de voluntad muy recia.

De este modo, aceptamos sin el menor esfuerzo que en aquellas naves españolas se paseaba ya nuestro espíritu, según iba resonando nuestro idioma por nuevos y nunca surcados mares. Comprendemos que se paseaba ya nuestro espíritu, y hasta decimos, sin el menor alarde literario, que cuando en lo alto del palo mayor de una de aquellas naos flameaba la bandera española, ondeaba ya la nuestra. Pueblo que siente transfundido en su ser el enérgico espíritu de aquellos hombres, puede hablar así. Al considerar la pasada grandeza de España, presentimos al punto la que hemos decidido alcanzar.

Pero yo quería decir antes, que esa conquista de las Filipinas fue maravillosa y sobre todo bellísima hazaña; tanto, que echamos de menos los *Lusiadas* españoles de la proeza. Siquiera la geografía, si no ya la historia que allí se consumaba, pedía versos. ¡Qué nombres! Sumatra, Borneo, Mirabeles, Ceylán... ¡Qué horizontes! El Celeste Imperio, el Japón... ¡Qué atmósfera! La leyenda, el prodigio... ¡Qué límite cósmico! Un despedazado archipiélago en que había de verse, o un mundo en formación, o bien un continente que desaparece. Mañana, en un futuro que ya entrevén de consuno la ciencia y la fábula, aquellas islas serán o todo tierra o todo mar. Por de pronto, el espontáneo arte de nombrar

BABEL Y EL CASTELLANO

de los navegantes ha dado a la región, en imagen creadora, un nombre incomparable, en que se mece su destino : *Oceanía*...

Entretanto, las islas del Poniente, como se les llamaba, se debieron mostrar como envueltas en un tul de encanto. Testigos de un formidable origen, se alzaban cien volcanes. No era menor el prestigio de los mares, entre arrecifes de corales y bancos de madréporas. Sobre el vaivén de las olas y en las faldas de tales volcanes bullía un pueblo numeroso. Componíanlo malayos, chinos y mestizos. Sus costumbres parecían surgidas para pintadas en esmalte. Veíaseles flotar días y noches, de isla en isla, en canoas y piraguas, o se entregaban todos a la vida apacible de los arrozales, así los cobrizos hombres como las ágiles muchachas, tan bonitas—nadie lo calla—en sus delantales de hojas de palmera. Todo esto en un clima de horrible ardor, que otro descanso no concede que el de unas pocas noches en lo que va de noviembre a febrero. Pero cuidado entonces con la luna. La luna es bruja. La luna comunica sutiles enfermedades. El aborigen, que de antiguo lo sabe, no se aventura nunca sin sombrilla por los campos bañados de luna.

El agua abunda ; el árbol impera ; el calor sofoca ; el bosque anonada. Hoy se abre una brecha en un bosque ; pronto se cierra sola. La

selva se encierra en diabólicas espirales de laberinto. El árbol desaparece en el bosque; el bosque se enmaraña en la selva. Es la selva cálida, hirsuta, tropical. El botánico de Europa se espanta de los nuevos seres vegetales que le estorban el paso. Hay árboles que sólo son hierbas gigantescas, por ejemplo, helechos arbóreos de doce metros. Verbenáceas que apenas serían matas en Europa, suben aquí más altas que el roble. Hay espesuras adonde nunca llega el sol. Es la selva virgen, la selva siempre virgen. En torno suyo la imaginación del indígena es una enredadera más. Una imaginación supersticiosa teje, incesante, leyendas visionarias que se echan parásitas entre los follajes del ébano, del sándalo, del plátano, del cocotero.

Chinos y malayos sueñan con alma cándida. Saben de lagunas en que viene a bañarse la sombra de una princesa. Ven por los campos a ras del suelo sábanas ilusorias que los persiguen. Grandes fosforescencias de los mares los aterrizan o inquietan. El fuego de San Telmo es un terror habitual. Menos mal que los gallos cantan a todas horas y que el indio oye en su canto algo que el occidental no comprende. Si el gallo no cantara, lo mejor sería morir...

Pero hay un misterio mayor: el mono de los cocales. Monos blancos u orangutanes de harta

BABEL Y EL CASTELLANO

semejanza con el hombre son los señores de la sombra. El indígena no pone siquiera en duda que sean hombres. Son para ellos una gente que no habla. Nada más que esto. Conoce, por lo demás, el secreto de su mudez. Es un mutismo deliberado el suyo. Esa gente no habla para que no le cobren tributo...

Tribus indígenas hay que viven como en el límite de análoga animalidad. No bajan nunca de la montaña. No les interesa la civilización. Épicas fueron los sucesos de la primera arremetida española. Magallanes mismo cayó a los golpes del indio. Reyezuelo hubo—el famoso Hamabar—que pudo considerarse el más glorioso capitán de su raza: el español, vencido, hubo de retirarse deshecho. Hamabar en Europa hubiera sido un héroe nacional y se le hubiera erigido estatua. En Cebú no fué así... Cuando a los cuarenta años de aquellos tan memorables acontecimientos, los españoles retornaron, nadie recordaba nada, ni mozos, ni ancianos, ni sabía nadie cosa alguna de Hamabar.

Esto, en los bosques y en las montañas. Mientras tanto, entre los arrozales, un hombre manso y servicial era, a decir verdad, como una bestezuela más, servicial y mansa, en medio de una fauna dócil y amable; como si todos los seres se hubieran propuesto la imitación del búfalo, el

más dulce rumiante ; el búfalo a quien basta a guiarle la mano de un niño.

Hombres y bestias por tales sitios son la mansedumbre misma. Pero la tierra es terrible. No es fácil que la égloga dé flores duraderas en el suelo del Apocalipsis. La tierra es terrible : tierra de volcanes, mundo de cataclismos. En amenazadores conos se alzan los monstruos telúricos en el horizonte. Verdad es que por las laderas volcánicas se esparcen los pueblecitos ; pero basaltos y lavas señalan allí también el conocido camino de la catástrofe. Y un día el terremoto conmueve toda la montaña. No amenazaron en vano los volcanes, esos volcanes de nombres extraños, como de demonios : el Arayat, el Bulusán, el Isarog...

Un día el terremoto truena bajo la tierra y la agrieta y despedaza. Los volcanes se empenachan de humo, las montañas se vuelven como de fuego, las llamas suben al cielo. Ríos ígneos coruscan por las laderas abajo entre encendidos meandros. Nubes de ceniza originan súbita la noche. En esta noche fulguran los rayos brotando de los volcanes. Se apesta el aire de olor a azufre. La oscuridad está cruzada de piedras candentes como en Sodoma y Gomorra...

Pero el mundo se salva una vez más todavía. Tras la lluvia de piedra cae la lluvia de arena ; tras la lluvia de arena se desmenuza una nube de

BABEL Y EL CASTELLANO

cenizas. La aterrorizada gente sale de nuevo de sus refugios. Reina aún la noche. La gente se vuelve misteriosísima en los caminos. Cada uno lleva un farol encendido. Acá y allá semejan constelaciones movedizas. Así fué en 1616. Así fué en 1814. ¿Querías aventuras, aventurero español? ¡Las tuviste cumplidas!

II

Leyendo, leyendo, nos vamos sintiendo como en casa propia en las Filipinas. Pasó el terremoto, el viento barrió las cenizas, tragóselas el mar, y las palomas se posaron de nuevo como en los días azules en los cráteres ayer espantosos. Leyendo leyendo, nos sentimos muy dueños de casa y nos seducen las historias de los piratas chinos; las historias, sobre todo, de aquel feroz Lin-a-hong, que, heredero de seis navíos, llegó a contar cerca de cien, tan bien abastecidos, tan numerosamente poblados (tantos los artesanos, tantas las mujeres, tantos los niños) y tan sabiamente distribuídos los bienes y los afanes, que su flota no parecía sino una nación flotante, y Lin-a-hong, no un pirata, sino un rey.

Ya no estamos, sin embargo, como bien se comprende, para historias de corsarios chinos. Si,

pues, tanto nos interesan las incursiones de Lin-a-hong y su lugarteniente Sioco, y aun las de aquel otro pirata Kog-sing o Cho-seng, no es difícil dar con la clave. Ellos, al atacar las posesiones de España, pudieron cambiar la faz de las Filipinas. Por eso nos interesan de ese modo. Cuando, a la vuelta de una página, los vemos huir desbaratados, nos alegramos como de triunfos propios. Y es que, en cierta manera, lo fueron... ¿A qué ocultar, por otra parte, que igual cosa nos pasa cuando escuadras de Inglaterra o de Holanda son puestas en dispersión por los cañones hispánicos de Manila? Es la pura verdad que nos alegramos muchísimo. Nos alegramos, siquiera como quien no puede menos de reconocer la existencia del imperio espiritual del castellano, cuya inviolabilidad debería ser un dogma de la raza.

Grande cosa es este imperio espiritual, y acaso salga valiendo más con el tiempo que un real imperio político. En todo caso, el idioma castellano nació como adivinando un portentoso destino. Nació al son de las canciones de gesta, y es por momentos el mismo Cid Campeador. En ningún instante se pone en duda la grandeza de la lengua. Lebrija, en 1492, publica su célebre gramática de la lengua castellana. La fué preparando a medida que se preparaban los tiempos. Cuando se descubría América, ya estaba hecha la gra-

BABEL Y EL CASTELLANO

mática. El genio de la raza y el genio de la historia habían trabajado juntos. Son definitivas las palabras de su prólogo: *Para que lo que agora y de aquí adelante se escriviere pueda quedar en un tenor y extenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir.* La obra no se realiza solamente para que *lo que agora y de aquí adelante se escriviere pueda quedar de un tenor.* Se realiza para que se extienda la lengua en toda la duración de los tiempos. Se afirma que unos extensos tiempos están por venir... ¡Qué mucho así que la obra se escriba también para *los pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas?*... Lo cierto es que, descubierta América y verificados en ella más de cuatrocientos idiomas, no se duda en España de la perfecta unidad de lengua del continente. ¡Tanta es la fe que en el castellano se pone!

Fué por entonces cuando la gloria del idioma se puso de manifiesto ante la Europa toda. Carlos V adoptaría oficialmente el castellano en Parlamento famoso, y el embajador francés, obispo de Macon, y los cardenales, y los embajadores todos, y el propio Paulo III, oirían de él aquellas fieras palabras con que atajó al francés: *Señor obispo, entiéndame si quiere y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual*

es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana... (1).

Y cuenta que Carlos V fué el que dijo también :
Un hombre que sabe cuatro lenguas vale por cuatro.

Eso era ya el castellano hacia el siglo xvi. No hay que aguzar mucho el ingenio para entender que en Manila el cañón defendía el espíritu.

Inmenso fué paralelamente el imperio político español, a punto que en él no se ponía el sol. Pero había de ponerse el astro en Portugal, en Flandes, en Italia, en toda la América. Estas son, por lo menos, las cuentas de la política. Pero si estas son las cuentas de la política, muy diferentes son las del espíritu. Así, con haberse proclamado independiente la América española, no se puso el sol que decimos en América, pues más bien ascendía en su cielo; ni se dirá en rigor que este sol se pusiera en Portugal, en Flandes o en Italia, porque en tales comarcas no lució nunca como no fuera en las armas de los soldados. En Manila, en cambio, y en Puerto Rico se puso el sol o empezó a ponerse, y no para

(1) «*Rodomontades et gentilles rencontres espagnoles*» par Branthôme (Pierre de Bourdeilles, abbé et seigneur de); tomo IX, pág. 80. E. Plon Nourrit, éditor. MDCCCXCIII.

BABEL Y EL CASTELLANO

España solamente, sino para todos los que hablamos su lengua. Costaron las Filipinas la primera vuelta al mundo de que haya noticia y se perdían por una sorpresa..., por una emboscada, de la diplomacia. Se perdían para todos, porque se perdían para el castellano. Por el tratado de París de 1898, las islas Filipinas pasarían a llamarse *Philippine Islands*.

III

Con todo, pasan los años y el castellano más parece ganar que perder en las antiguas posesiones de España. El inglés no puede tanto como se prometiera contra esta lengua de vocales firmes y consonantes recias. Ya se vió frente al árabe su maravillosa fuerza. Recogió sustantivos, prohibió sueltas designaciones; pero sus formas permanecieron incólumes. En América, cuatrocientos idiomas vernaculares apenas si le comunicaron un perfume levísimo. En el Oriente, cuatro siglos de aislamiento no han sabido secarlo en el alma del sefardí. Ni se olvidan las vicisitudes históricas que en Santo Domingo lo pusieron a prueba, como lo cuenta la quintilla con triunfadora gracia :

*Ayer, español nací;
a la tarde, fui francés;
a la noche, etiope fui.*

*Hoy dicen que soy inglés...
No sé qué será de mí.*

En Filipinas se cuenta con esa fuerza natural del castellano. Todos los que lo hablamos nos parecemos un poco a Carlos V. Nuestra lengua española nos parece tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana... Fuera de esto, hay allí un pueblo que ama la libertad y aspira a la independencia nacional, y lo dice y lo escribe, todos los días, en la lengua castellana. Ni en otra lengua se cantó el himno de esa patria de un día :

*Tierra adorada,
hija del sol de Oriente.
Su fuego ardiente
en ti latiendo está.
Tierra de dichas, de sol y de amores,
en tu regazo dulce es vivir.
Es una gloria para tus hijos
cuando te ofenden por ti morir.*

El supuesto aliado de la víspera, trocado en dominador, heló el canto en los labios del filipino. Ya sólo se podía pelear. Se peleó cuanto se pudo.

A todo esto, los años pasan y el espíritu de

BABEL Y EL CASTELLANO

independencia se robustece día a día en el archipiélago. No hace mucho, una delegación de filipinos pedía por la tercera vez su independencia en Washington. Obtenerla, siquiera fuese rudimental, sería algo. Acaso los tiempos madurarán. Acaso el sol no se pondrá en Manila, o ascenderá de nuevo, si es que se puso. La causa filipina merece así la simpatía y el apoyo de los pueblos que hablan castellano. Hasta por razones comerciales lo merece. No puede sernos indiferente que las actuales *Philippine Islands* vuelvan a llamarse Islas Filipinas.

Una de las mayores fortunas del pueblo argentino es hablar un idioma de extensión universal. Queremos que esta forma no se amengüe. Todo gran pueblo nace a su destino con un patrimonio de posibilidades gigantescas. Si es de veras un gran pueblo, este patrimonio con que nace debe acrecentarse en sus manos. Si no es de veras un gran pueblo, en sus manos perece.

XII. LA PRODIGIOSA Y DISCOLA CIUDAD DEL IDIOMA COMUN

Cada provincia tiene sus vocablos propios y sus maneras de decir.

(DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.)

I

Como una ciudad, no en otra forma que al modo de una ciudad de muchos y diferentes barrios, puede ser considerado el vasto idioma castellano, ya por su variedad riquísima, ya por su indestructible unidad. Como una ciudad se nos aparece el idioma, y las diversas tierras y países donde tantas y tantas naciones lo hablan se nos muestran así como barrios y barriadas de la ciudad que decimos. Y apenas tomamos distancia, la vemos en toda su soberbia belleza: ciudad alta, empinada sobre montes que miran al mar, muy esbelta, muy guarnecida, brillante al sol como si toda fuese de oro. Está abierta a los cuatro vientos de la Historia, y las más elevadas nubes de la poesía y del arte corren libres por su esplendoroso cielo.

En esta gran ciudad de almas vivimos todos: nosotros, los de América, y ellos, los de España, y esos otros, los hermanos de las Filipinas, y

aquéllos, finalmente, los de las juderías sefarditas del Mediterráneo. Vivimos en barrios apartados—que es inmensa la urbe—, y de ello nos suele venir la sensación del desvinculamiento recíproco. Cada caserío se reputa entonces por ciudad aparte y separada. Nadie oye otra campana que la de su campanario. Un poco de bruma, de esa que a menudo se levanta del caliginoso seno del pasado, comunica además por momentos la impresión de que el horizonte se acaba en nuestro cerco.

Nadie tiene la culpa. Todo camino de hombre se asemeja demasiado a un lendel. El rincón de nuestro ordinario ajetreo se parece demasiado a una noria, y el pobre jornalero que hay en todo hombre se parece demasiado a una mula norial. Cada uno toma su calle y su acera por la ciudad inmensa, cuyo tamaño se reduce al de su mísero trajín. Poco o nada sabemos de otras rutas.

Asimismo acontece en la ciudad de nuestra lengua común. Hasta hay quienes no creen mucho en tal comunidad. Confunden lengua con lenguaje, y, confinándose en sus peculiares maneras de nombrar un par de cosas peculiares, se atribuyen una privativa lengua: ¡que tan escasamente tiende el hombre a la universalidad!

Sin embargo, no se da caso en el mundo de una tal unidad espiritual como la de nuestra in-

BABEL Y EL CASTELLANO

mensa familia hispánica. Hemos sido llamados a un espectáculo maravilloso. Constituimos por nosotros mismos ese maravilloso espectáculo. ¿Y no lo celebraremos? Y sobre no celebrarlo, ¿ni siquiera nos percataremos de él?

II

Con todo, está llena la ciudad de gente díscola. Y eso que los peores majaderos pasaron ya, sin dejar descendencia: aquellos que, apóstoles de una vil jerigonza, dolíanse de hablar la lengua de España, imaginando que implicaba como un coloniaje moral. Eran 'los tiempos de M. Abeille y de su famoso libro sobre el idioma de los argentinos. Pero Paul Groussac y Ernesto Quesada impusieron silencio a M. Abeille y su comparsa. No, ya no hay quien dude entre la piltrafa de una lengua ríoplatense, nacida de una jerga de ladrones, y esta hermosa solidaridad que nos vincula a millones y millones de hombres por toda la extensión del planeta.

Ahora, si los abeillistas dejaron herederos, no han de ser otros que esos que por ahí convierten el castellano en una verdadera galiparla, tan alejada del recto francés como del genuino buen gusto. Es el suyo un gabacho ocasional de ten-

deros, en que se dice *beige*, *bleu*, *fané* y otros muchos vocablos de hortera ; pero en que no se podría construir tan siquiera una frase. Y nadie dice que esté mal, sino muy bien, y que es de toda excelencia hablar el mejor francés posible ; se dice solamente que hablarlo a lo tendero ni es saberlo ni es hablarlo.

Abeillistas son también aquellos otros que se desvelan velando por la gloria literaria de Francia y que, en mira de acrecerla, escriben versos franceses (verso, que es lo fácil de hacer ; no prosa, prosa de personal estilo, que es lo difícil) ; abeillistas son y galeotes del castellano que nunca hallaron ni música, ni emoción, ni realizable poesía en la malhadada lengua de Rubén Darío... Por eso cantan en francés y pasan por el colosal ridículo de llevar su similar y su oropel a toda la áurea catedral de las letras de Francia. Pero los tiempos cambian, y lo que ayer parecía distinción y hazaña hoy se ve reducido a su cabal insignificancia intelectual y social. Nada más fácil—repiémoslo—que hacer mediocres versos en lengua extranjera. Yo también los hice alguna vez, y fué en alemán, para mayor alarde jocosos, sin otro patrimonio de este formidable idioma que veinte palabras del momento... Y la cosa salía, y yo me hombreaba con Goethe y con

BABEL Y EL CASTELLANO

Heine... ¡Vaya! Tengo testigos... Raúl Orgaz, para empezar.

No. No está bien ser ridículo. Lo digo por el país, no por los galiparlistas. Necesitamos del esfuerzo de todos para la obra propia. ¿Y no se ve, fuera de esto, que toda deserción es un acto miserable? Desertar hacia otro idioma, así sea el más rico, es desertar hacia la nada. Y, concretamente, desertar de la lengua de España es desertar de América y de la patria; en tanto que guardar esta lengua es justamente una manera de fidelidad nacional... y de buen tono.

III

¿Y se acabó la gente díscola de la prodigiosa urbe? No. También la hay en la parte más histórica y venerada de la ciudad, en las partes que son los nobles barrios de España. También allí, donde más recatada prudencia supondríamos y más viejo amor a la concordia, no falta la gente de la bravata y de la mala voluntad. Pasan a nuestro lado embozados y hoscos. Les tendemos una mano cordial y, sin devolver el ademán, nos miran de hito en hito. *¿Quién va?*... Y el miserable pleitecillo de siempre sobre quién mide una pulgada de más, comienza de nuevo. Y se oyen de pronto, porque sí, destempladas voces como éstas: «Toda Hispano-América junta no posee científicos, escritores y artistas comparables a los de España». Y es tan luego un publicista ilustre el que así prorrumpe. Y, no lejos, puntualiza nada menos que un maestro de la filosofía y del estilo: «Es angosta, poco generosa y muy

imprecisa la mente hispanoamericana». ¡Como si nuestro destino fuese perdersenos de envidia los unos por los otros y aventajarnos tan luego en quién ofende más!... ¿Qué saldremos ganando?...

Y, como no pongamos cuidado, allá dará con nosotros en tierra, de un caballazo, algún feroz esbirro del Santo Oficio de la Gramática y del Diccionario, sin mirar mayormente en que nos aplique a la postre una disposición abolida. Y cuenta que estos alguaciles no son feroces con todos y que, en rigor, no atropellaron nunca a ningún peninsular. Somos nosotros los únicos sospechosos, y sólo para nuestros lomos son las varas.

Muy mal, muy mal conocen las cosas de la ciudad común estos gendarmes y aquellos visorreyes. Tienen por falsas muchas cosas verdaderas y por verdaderas casi solamente las falsas. No saben, por ejemplo, que Buenos Aires queda mucho más cerca de Madrid que Barcelona y que todas las comarcas dialectales de la península. No saben que Buenos Aires, lejos de ser una ciudad que se descastellaniza, es el más activo centro de castellanización que hoy exista. A la mira de Buenos Aires, no de Madrid, hay en este momento millares de hombres que aprenden castellano, así en Berlín como en Bruselas, así en el Japón como en el Canadá. En Buenos Aires, no en Madrid ni

BABEL Y EL CASTELLANO

en Castilla entera, es donde se rinde al castellano el mayor número de gallegos, catalanes y vascos. Al Plata lo que es del Plata...

Con razón o sin razón, la Argentina despierta simpatía en el mundo; de donde la labor de sus escritores inspira paralelo interés. De Italia, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Rusia, de cualquier país de Europa puede recibir un escritor argentino muestras de estima por su obra; de España..., no siempre, no. Por punto general, casi no hay objeto en enviar nuestros libros a los colegas españoles. Por un Cansinos Assens, que vive concretamente en la calle de la Morería, 8 y 10; por un Salaverría y un Madariaga o por un Azorín y algún otro, con señas precisas, hay cien que moran en lo inaccesible de la indiferencia, del desprecio o del orgullo. He visto en alguna biblioteca madrileña un importantísimo libro de autor argentino con la más cordial dedicatoria. Aquel libro, intacto, no había sido tocado ni con la mirada.

Sobre estas cosas hubo, por cierto, un duelo literario en 1923, y fué en Madrid, siendo los contendores el muy notable escritor E. Gómez de Baquero, español, y don Eduardo Schiaffino, ilustre compatriota nuestro. «Es necesario confesar—dijo con este motivo don Rufino Blanco Fombona—que Gómez de Baquero, en este duelo,

ARTURO CAPDEVILA

tiene en su contra el terreno, el sol y la equidad.»
Cierto. El señor Schiaffino decía muy bien. Se desconoce en España el verdadero espíritu argentino al acoger el pensamiento de la Península, y en modo alguno existe algo que ni de cerca ni de lejos se parezca a una verdadera reciprocidad intelectual. Aquí, los brazos abiertos ; allí, prácticamente, las puertas cerradas.

IV

¡ Señor ! ¡ Señor !... ¿ Pero llegaremos a parecer díscolos también nosotros ? No lo quisiéramos por modo alguno. Somos solamente de los que saben cuánto urge la concordia y el buen entendimiento. Están llegando las horas de los mayores peligros para nuestra América. ¿ Y ha de creer España que nada perdería en el naufragio de los pueblos americanos, situada entre un Africa siempre rebelde y una Europa tradicionalmente hostil ? Nadie reclama ni reclamará mañana de España una solidaridad con las armas en la mano, de llegar el caso. Se quiere tan sólo, para imponer respeto a los de afuera, el cuadro de la recíproca consideración y del respeto propio. No andar por las plazas dando voces de estéril provocación. No estamos tan horros de inquietudes que podamos jugar así a quién es más vanidoso en la feria de las vanidades. Suelen tomarse por halagüeños signos que a la verdad son funestos.

No en todas partes se estudia el castellano por el desinteresado amor a los clásicos ni con una exclusiva intención comercial. Hay partes donde se estudia el castellano para comernos mejor. El lobo de esta increíble fábula del tiempo actual aprende el balido de la oveja para devorarla más a gusto. Y la estúpida de la oveja se alegra de la voz del lobo...

Nada queremos menos que ser díscolos también y sembrar la discordia. Nos proponemos todo lo contrario en la prodigiosa ciudad del idioma común. Si hablamos francamente a los españoles no es sino porque francamente los amamos. Si hablamos sin ambages a los argentinos, hijos de extranjeros, es porque deseamos ser sus más leales compatriotas. Estamos en el secreto de la real topografía de la ciudad. Conocemos bien su unidad imperecedera. Nos alegramos con los que más se alegran de que ella sea como es. La apariencia de los vanos meteoros no será parte a confundirnos. En tan inmensa urbe ocurre con frecuencia que mientras llueve en un barrio en el otro brilla el sol. Es tan justo como necesario. Construída en épocas diversas, según fué creciendo, es justísimo también y de necesidad rigurosa que haya diversos estilos. Lógico es que surja asimismo con los tiempos una estética nueva. ¿Cómo apreciaríamos la obra de Ventura García

Calderón *El nuevo idioma castellano*, sino como la de un admirable urbanista de la ciudad ideal? ¡Vasta cosa la urbe de un tal idioma como el español!

La recia gente de España vive en el distrito de las blasonadas casonas. Nosotros, en los arrabales más nuevos de la ciudad, allí donde las calles son largas y anchas y casi siempre vecinas de jardines y parques. Vemos así cotidianamente cosas que ellos no ven, como ellos ven cotidianamente cosas que nosotros no vemos. De este modo tenemos para la intimidad inventarios distintos. Pero nada de esto empece a la efectiva unidad de la urbe. Las plazas son de todos, las avenidas son de todos, los miradores son de todos, la Acrópolis, y las perspectivas, y los horizontes, son de todos. Que suene una hora del destino o que resuene una voz indudablemente digna de ser oída, y luego se sabrá si no las recoge y las propaga el eco. ¿Se pierde para el mundo americano una sola palabra de las siempre valerosas y sabias de Joaquín García Monge? Ya no hay quien ignore a Joaquín García Monge ni niegue el tributo de su admiración a la obra de este héroe civil de la unidad panhispánica. Su *Repertorio Americano* es el alado Hermes de los mensajes continentales. Bien alta está en las manos de su director la antorcha que por primera vez se levanta

tara en la diestra patriarcal de don Andrés Bello. Era un niño García Monge y llegaba de su humilde pueblecito de Desamparados a San José de Costa Rica cuando don Máximo Soto Hall, ese heraldo de la fraternidad de nuestra América, viendo pasar aquel niño camino de la escuela, acertó en su destino, diciendo: «Ese niño va a la conquista de la gloria». ¿Y qué es San José de Costa Rica en la ciudad común? Es, ciertamente, uno de sus más pequeños barrios, ni muy poblado ni muy rico. ¡Pero cuánta, pero cuánta su riqueza moral de país que sabe honrarse a sí mismo! Por eso corre su voz en la palabra del *Repertorio*... Pues de ese modo resuenan los ecos en la enorme y prodigiosa ciudad de los destinos comunes.

¿Y qué más se quiere en el reino de las ideas que esta nítida acústica?... Pienso en las grandes cosas que aún deben comunicar a los hombres de su raza y de su idioma los verdaderos escritores de la lengua española; no, por cierto, los fanfarrones de la moda literaria y de la originalidad... de uniforme (que esos nada tienen que enseñar y está bien que se les vaya vacío el tiempo en hacer pajaritas con las palabras); sino, digo, los verdaderos escritores capaces de alguna misión de bien, de belleza o de verdad, entre los hombres...

BABEL Y EL CASTELLANO

Tomemos distancia y veremos a la ciudad del idioma tal como es : soberbia y prodigiosa. Y así como dijimos : alta y magnífica, empinada sobre colinas y montes que miran al mar ; tan esbelta como bien guarnecida, y toda brillante al sol como si por entero fuese de oro.

XIII. EL INMENSO MAR DEL CASTELLANO

No tengo más que pröseguir, ni vosotros os podréis quejar que no os he dicho hartas gramatiquerías.

(DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.)

I

Y bien ; éste en que navegan, de viaje, de faena o de conquista, los buques de nuestro espíritu, desde aquéllos que ponen proa hacia la Cólquide del vellocino, hasta los frágiles barquichuelos pescadores que salen por las mañanas y vuelven por las tardes, siempre seguidos de las gaviotas ; éste en que navegan todos los posibles buques de nuestro espíritu, es el mar del castellano, y las que voy a decir—misteriosas, fantásticas, lejanas—son sus más lejanas, fantásticas y misteriosas riberas.

No son riberas de arena, ni de peñas graníticas, ni de otra alguna roca, las que voy a decir, sino playas y costas de abolidas palabras, de yertos y desarticulados vocablos. Pero estas costas, como pudiera acontecer con esas de los verdaderos mares, se alzan en acantilados o se dilatan en inabordable arenal, cuando no avanzan y se elevan en imponente promontorio.

Sobre todas estas playas señala sus sinuosas líneas de flujo y reflujo el mar del castellano, el cual ha hecho en muchas de ellas sorprendentes trabajos en la lentitud de los siglos. En muchas de esas riberas el trabajo está concluído y los últimos desmoronamientos consumados. Ahora, ni arroja el mar sobre ellas gérmenes de renovada vida ni arrastra consigo cosa alguna en sus resacas. La arena que socava por las mañanas vuelve a rellenarse por las tardes. Son playas silenciosas, donde ya no habitan las gracias; playas de una muerta soledad, donde yacen dispersos, sembrados al sol y al viento, vestigios y reliquias de fúnebres y destrozadas cosas del alma.

Mas ocurre ver todavía en pie un pórtico, antaño majestuoso, ahora todo vestido y recubierto de moho. ¡Esta baba de la soledad donde antes relucían los mármoles! Restos verbales quedan también de torva apariencia, en que, por así decirlo, se echan de ver aún cómo fueron y lo que fueron las primitivas moradas espirituales del pensamiento. Bien harán en caminar por aquí el arqueólogo y el filósofo, verificando que tampoco al espíritu le faltó su edad de piedra. Restos y escombros son que pertenecen a los tiempos en que el alma salvaje y desnuda apenas si sabía hacerse cavernas con las palabras.

Ni siquiera faltan en los lindes mismos de las

BABEL Y EL CASTELLANO

primeras supersticiones, así como sombríos meandros que corresponden a no sabemos qué viviendas subterráneas del pensamiento, allá en los comienzos de su destino, cuando, mucho antes de ser mariposa del cielo, el pensamiento era sólo un gusano de la humedad de la tierra. Época lejanísima, remotísima, en que este frío gusanillo hubo de convivir en la humedad oscura con los más ciegos roedores de la animalidad. ¡De ahí le vienen todavía hoy a la mariposa del cielo esos súbitos terrores sepulcrales con que ve declinar el sol en su breve día!

Playas desoladas estas playas, costas de arcano y de tinieblas estas costas, incapaces ahora de acoger ninguna forma de vida. Pues por tales y tan melancólicas arenas se echa el oleaje del castellano a marcar su flujo y su reflujo, su pleamar y su bajamar, bajo la luna instable de la humana cultura...

II

Pero he aquí, concretamente, entre las riberas que decimos, el acantilado de la escarpada lengua vasca. Solamente desde una altura como la suya se alcanzaría a saber un día de atmósfera propicia si es verdad, como dicen, que la cuenca del Mediterráneo fué en la mañana del mundo un valle fecundísimo donde florecieron populosas ciudades. Solamente las raíces de los vocablos éuscasos se hundieron en el seno de aquella tierra que fué. ¿Y no es verdad que en esta lengua de los vascos se enseñó por la primera vez a los mortales el arte de encender el fuego? Acabados los fenicios, únicamente los vascos llegarían a decirnos de qué selva misma se descuajó aquel árbol con cuyo tronco fuera hecha la primera embarcación que hendió el mar. También podrían decirnos cuál era aquella palabra que los fenicios llamaban entre todas divina, porque no de otro modo la descifraron que leyendo la escritura de los as-

tros. Acaso quede en el castellano, a través de los vascos, el último eco de esta palabra del firmamento estrellado.

Todo eso baña y remueve en sus mareas el mar del castellano.

Aquella otra es la costa de las lenguas drúidicas, costas que bien se llamarían, por otro nombre, las de la sombra de la encina y el olor de muérdago. En su idioma resonaron las canciones guerreras de los bardos. En él fueron nombrados y conjurados espantosos dioses de horror y de muerte. En esta lengua fueron oídos los oráculos de las druidesas. En esta lengua, y por la virtud secreta de sus palabras, se ejerció poder sobre las fuerzas sutiles de la Naturaleza, y dicen que el viento, el fuego y el agua respondían a la palabra del hombre. En lengua de los druidas se bautizaron antes que en otra alguna los tristes montes y los descoloridos mares de la luna. En esta lengua, finalmente, nació el verso, como joyel entre joyeles para los grandes tesoros del rey Artús. ¡ Ah! Más les valiera a estos versos, que la religión vedaba escribir y que sólo vivían en la memoria de los cantores, más les valiera haber sido, como las sentencias etruscas, un comentario de la muerte: que al menos se daría con alguna sabia estrofa en la inscripción de un túmulo... Pero los menhires son mudos.

BABEL Y EL CASTELLANO

Y por esta desolada costa de menhires y dólmenes también suben y bajan las arrulladoras mareas del mar del castellano.

En cambio, las playas del catalán y del gallego son las riberas del verdor primaveral y de los vergeles risueños. Da su flor la galantería en aquéllas desde los tiempos de las Cortes de Amor. Da su aroma la religiosidad en estas otras desde los tiempos de las Cruzadas.

Por lo demás, si las mareas de un gran idioma moderno han bañado las últimas islas y bancos lingüísticos de lo que fué la Atlántida, estas mareas han sido las del mar castellano. Y si en las olas de algún idioma actual flotan todavía despojos de las ideas y los sentimientos que animaron un día a los atlantes, no será sino en las olas del castellano donde floten.

Pero las playas verdaderamente majestuosas que el mar del castellano hubo de invadir en su expansión portentosa son esas de las antiquísimas lenguas de América : esas que corresponden a las más viejas ruinas de Tihuanacu o de los mayas. Es imponente el silencio de las riberas y una triste lava de tristes volcanes se petrifica por ahí en inmóviles mantos. A lo lejos, en el confín del horizonte, los apagados cráteres no son más que conos misteriosos. ¡Y no menos enigmáticos se elevan los monumentos que nadie sabe

ARTURO CAPDEVILA

quién construyó! ¿Memorias de qué? Memorias de nada : son lo inmemorial. ¿Vaticinios de qué? Vaticinios de nada. Lo inmemorial carece de visión futura. Lo que no tiene memoria ignora la esperanza.

¿Y las otras cien y las otras mil lenguas aborígenes de tribus, de clanes, de ayllus que, a manera de islotes, se fué tragando el mar de la lengua nueva por todo lo que es América? Tal cataclismo espiritual fué aquel que, ese mismo de la sumergida Atlántida, pálido parece a su lado.

Y todavía trabaja el mar, y lo que deba ser destruído será destruído. Hacia la parte del quichua—con ser el quichua lo que fué—, lentos, pero constantes desmoronamientos rebajan y desfiguran hoy aún el contorno. La roca no cesa de volverse arena, las olas devoran las islas sin cesar. Hasta que un día todo sea mar : inmenso mar castellano,

Y apenas si el pensamiento navegante de las ideas, mirando hacia aquellas costas del pasado, contemplará una extensión de médanos o polvaredas de ceniza de esas que a veces levanta el frío soplo de la ciencia. Soplo de la ciencia que avienta, pero no reanima...

III

Entretanto, en los límites del Oriente, el idioma confina con el hebreo y con el árabe. Allí bra-man en las hinchadas olas del castellano trece siglos, cuando menos, de historia.

Pues ¡ qué playa enorme la que hubo de ofrecer el árabe al castellano en siglos y siglos de una común grandeza ! Si la palabra castiza pudo salir incólume, el pensamiento se compenetró profundamente de la índole arábica. Anchos y dilatados espacios de España fueron sucesivamente cuenca marina y relieve terrestre, y otra vez cuenca y otra vez relieve, y ya era el mar y ya la costa, y ya era lo castellano y ya lo árabe. Fué lucha y fué juego, fué odio y fué amor. En Andalucía—será por eso—el idioma se ha quedado como soñando, entre olvidadizo y ebrio.

¡ Y las altas, y las santas, y las empinadas costas del hebreo y de la Biblia, vestidas de cedro, con montes coronados de tumbas y de alta-

res, azuladas del humo de los holocaustos, bordadas de nubes que el viento trae del Sinaí; costas pobladas de voces errantes, de gritos proféticos, de encendidas plegarias, de viejos clamores? ¡ Ah, de veras! ¡ Cuántas bahías y cuántos refugios y ancones no se hizo allí el pensamiento castellano para mejor creer, para más plácidamente soñar, para más dulcemente esperanzarse! Frases enteras de Santa Teresa y versos enteros de fray Luis de León no parecen español, sino hebreo, o son como caracoles de un rumor infinito en que toda la Biblia vaga y soñadoramente resuena.

Y por siglos y siglos rompían las olas del castellano sobre las santas playas de los profetas, y todavía rompen sobre ellas en larga, interminable voluptuosidad de sueño y de amor. Y de este modo, ¿ en dónde habrá voz moderna, en dónde eco de lengua actual que más corra y se dilate por los espacios de las lenguas arcaicas?

Mas si por esto es en mucha parte el castellano la lengua de lo que fué, no es otra cosa, en toda la vibrante América y en toda la renacida España, que la ágil, pronta y siempre conquistadora lengua de lo que será.

BABEL Y EL CASTELLANO

Y se extiende como si no tuviera término ni orillas el mar inmenso del castellano.

Y no se pone el Sol.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
I. Un gran imperio espiritual.....	13
II. La utopía	33
III. España y América	51
IV. En Castilla	69
V. El embrollado problema del tú y el vos.	83
VI. El tú y el vos en los clásicos.....	99
VII. El tú y el vos en América.....	115
VIII. El idioma en la Argentina.....	131
IX. Los sefardíes	157
X. El romancero sefardí	171
XI. En Manila se ha puesto el sol.....	193
XII. La prodigiosa y díscola ciudad.....	213
XIII. El inmenso mar del castellano.....	233



PC
4073
C28

Capdevila, Arturo
Babel y el castellano

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

